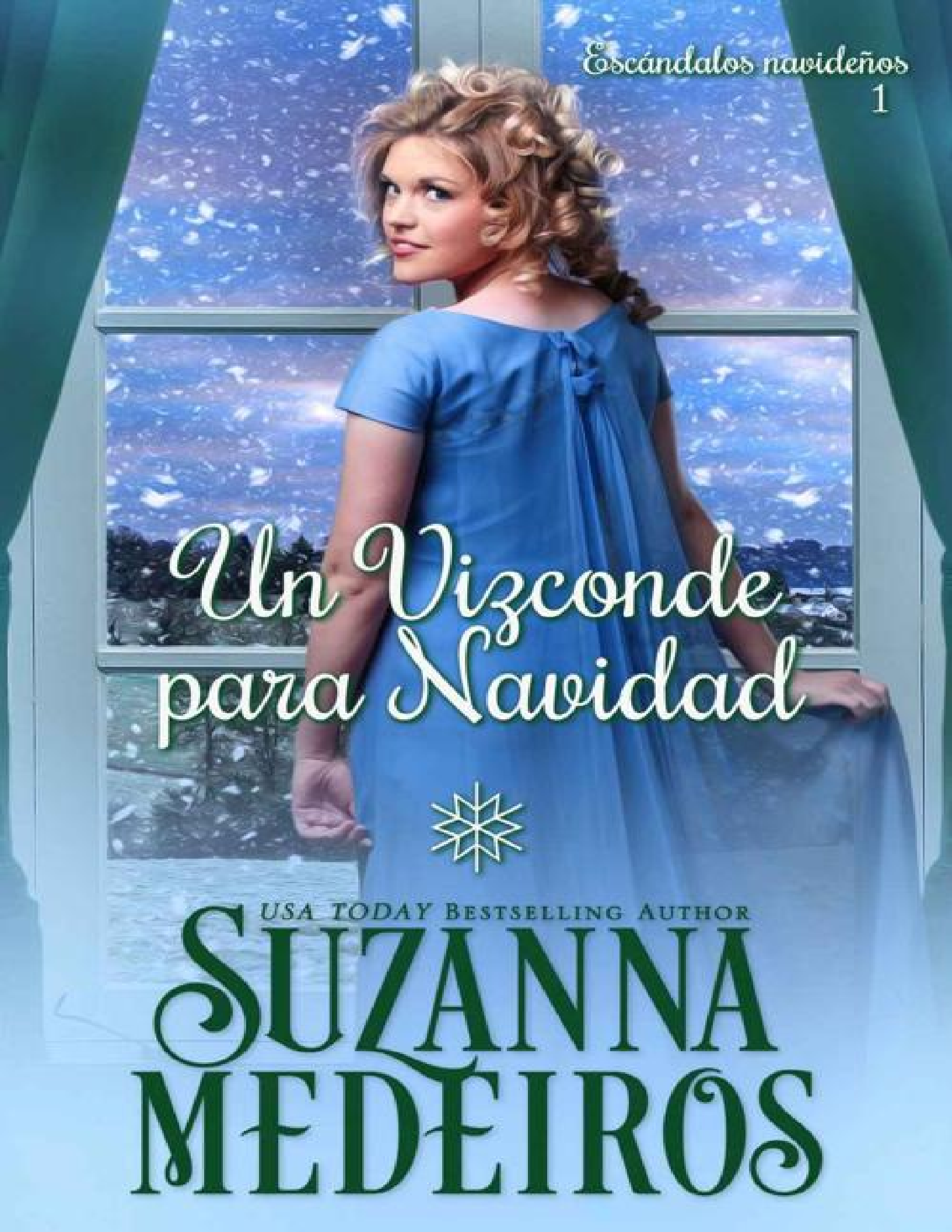
Escándalos navideños
1

Un Vizconde para Navidad



USA TODAY Bestselling Author

SUZANNA MEDEIROS

UN VIZCONDE PARA NAVIDAD

ESCÁNDALOS NAVIDEÑOS

LIBRO 1

SUZANNA MEDEIROS

ZINIA PRESS

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Epílogo

Gracias
Escándalos navideños
Encantar un Lord
La autora

UN VIZCONDE PARA NAVIDAD

Un regalo de Navidad inesperado...

Cuando el vizconde Isaac Thornton regresa a casa para la reunión navideña anual de su madre, lo último que espera encontrar es una hermosa mujer durmiendo en su cama. Pero Celia no es otra mujer más tratando de atraparlo en matrimonio. Es la mejor amiga de su hermana menor y ahora ya ha crecido.

Celia Rowland superó hace años el enamoramiento que sentía por Thornton. Cuando un malentendido significa que su reputación ha sido comprometida, su madre insiste en que se casen.

Una fiesta en la mansión y dos personas intentando escapar de una boda forzada que podrían recibir el regalo de Navidad que no sabían que querían.

Copyright © 2024 Saozinha Medeiros
Título original: A Viscount for Christmas © 2021 Saozinha Medeiros

Todos los derechos reservados.

La siguiente es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y eventos que se mencionan en ella son producto de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier similitud con personas vivas o muertas, negocios, empresas, sucesos o tiendas que existan en la actualidad o hayan existido en el pasado es puramente casual.

CAPÍTULO UNO

Diciembre de 1816

ERA PASADA la medianoche cuando el vizconde Isaac Thornton llegó a su finca en Surrey. Había estado cabalgando durante varias horas. Normalmente el viaje no era difícil, pero con las bajas temperaturas, había necesitado detenerse con frecuencia para cambiar de caballo.

Lleno de un cansancio que calaba hasta los huesos y que enfatizaba el hecho poco grato de que recientemente había cumplido treinta años, lo único que deseaba era dormir. No esperaba con ansias la próxima semana. La fiesta anual de Navidad de su madre sería otra oportunidad para que ella le recordara que necesitaba sentar cabeza y producir un heredero. No podía evitar por completo los intentos de casamentera de su madre, pero podía limitar la duración de su sufrimiento. Por eso había planeado originalmente llegar el día antes de Navidad y partir nuevamente el día después de la festividad.

Ella había frustrado exitosamente esos planes con la mayor arma de su arsenal: la culpa. Había recibido su carta esa tarde. En ella, le decía cuánto anhelaba pasar tiempo de calidad con él. Continuaba informándole que sus dos hermanas menores, que vivían en el norte de Inglaterra, no asistirían porque los caminos estaban intransitables después de una fuerte nevada que no había llegado a Surrey. Para aliviar lo que sabía sería su verdadera decepción, había cambiado sus planes y se había puesto en marcha para unirse a ella cuando su fiesta en casa aún estaría en pleno apogeo.

Si fuera honesto consigo mismo, Londres se había vuelto tedioso últimamente, especialmente después de que sus amigos y la mayoría de sus conocidos abandonaran la ciudad y se dirigieran a sus propias fincas para la temporada navideña. La carta de su madre era una excusa conveniente para volver a casa antes de lo planeado.

Se disculpó con el somnoliento mozo que lo recibió momentos después de llegar a los establos. Se sintió aliviado al descubrir que la mansión estaba tranquila mientras se dirigía a pie hacia la puerta principal. Quizás su madre no había invitado a tanta gente este año.

Pero incluso mientras ese pensamiento se le ocurría, sabía que era un deseo fútil. La Navidad era la época favorita del año de su madre, y era conocida por sus fiestas invernales en casa. Este año no sería diferente.

Se sorprendió cuando Saunders, el mayordomo, y no un lacayo, abrió la puerta principal. Había esperado sorprender a su madre, pero aparentemente ella lo conocía demasiado bien. Había esperado que él se pusiera en camino hacia Surrey después de recibir su carta.

Saludó al hombre mayor y le entregó su sombrero y abrigo, apenas reparando en las ramas de pino y las decoraciones festivas que resaltaban con buen gusto el hecho de que la temporada

festiva había llegado. Había comenzado a dirigirse hacia las escaleras cuando Saunders tosió discretamente.

Thornton se volvió para mirarlo.

—Su madre desea hablar con usted, milord.

Thornton frunció el ceño. Sin duda quería decirle a quién había invitado y por qué debería prestar especial atención a cada uno de ellos. Acababa de llegar y ya habían comenzado los intentos de emparejamiento.

Asintió. —Hablaré con ella por la mañana.

—Ella insistió...

Thornton no descargaría su irritación en este hombre al que conocía desde que era niño. Saunders simplemente estaba cumpliendo las instrucciones de Lady Thornton.

—Ya sé de qué quiere hablarme.

—Pero...

—Buenas noches, Saunders. Hablaré con mi madre a primera hora de la mañana. Y descanse usted también. —El hombre sin duda había estado despierto desde el amanecer.

Antes de que Saunders pudiera decir otra palabra, Thornton se dio la vuelta y subió las escaleras.

No llamó a su ayuda de cámara cuando llegó a su dormitorio, demasiado cansado para preocuparse por la reprimenda que el hombre le daría mañana mientras arrojaba su ropa sobre una silla.

Estaba oscuro, pero no necesitaba encender una vela. Se dirigió a la cama y se deslizó bajo las sábanas. Sus ojos se estaban cerrando cuando un pequeño movimiento en el otro lado de la cama ahuyentó su fatiga.

Estaba imaginando cosas. O, más probablemente, ya se había quedado dormido y estaba soñando. Aun así, ahora estaba completamente despierto. Se dio la vuelta y entrecerró los ojos hacia el otro lado de la cama, donde podía ver un pequeño bulto envuelto en sus mantas.

En retrospectiva, debería haber saltado de la cama y haberse puesto la ropa. Pero realmente no esperaba encontrar nada, así que retiró las sábanas. Sus sentidos confundidos tardaron varios segundos en procesar el hecho de que no estaba solo.

Alguien ya estaba dormido en su cama, una mujer, para ser precisos. Yacía de espaldas a él, y solo pudo mirarla fijamente durante lo que pareció el minuto más largo de su vida.

Su torpeza en la oscuridad no la había hecho moverse, así que debía estar dormida. Su mirada se posó en el largo cabello dorado que cubría la mayor parte de su espalda. Suelto, lo cual le sorprendió. Incapaz de contenerse, bajó la mirada hasta donde su cabello terminaba justo encima de la curva de su cadera, que estaba cubierta por un camisón blanco. Las mantas cubrían el resto de ella, y resistió la tentación de arrastrarlas aún más abajo.

Dejando de lado la tentación de ver si estaría bien dotada, se giró sobre su espalda y se cubrió los ojos con una mano. Dudaba mucho que su madre hubiera dispuesto a esta mujer como un regalo de bienvenida para él. Probablemente había querido advertirle que había cedido su habitación a otro invitado.

Lo que significaba que tenía que vestirse de nuevo y encontrar a un sirviente para que lo guiara a una habitación que estuviera desocupada.

Se incorporó con un gemido ahogado. Pensó que había sido silencioso, pero el cambio de peso debió haber despertado a la mujer, porque ella se dio la vuelta sobre su espalda. Sus ojos se abrieron parpadeando, y dejó escapar un bostezo somnoliento. Y luego un grito.

Eso debería haberlo hecho moverse con rapidez, recogiendo su ropa y escapando al vestidor.

Pero el breve vistazo a su forma antes de que ella se cubriera con las sábanas lo hizo quedarse paralizado. En la tenue luz, podía ver que, efectivamente, estaba bien dotada.

¿Por qué estas cosas nunca le sucedían en mejores circunstancias? Porque estaba claro ahora que no estaba soñando. Si lo estuviera, ella le habría hecho señas con los brazos abiertos. En cambio, la mujer en su cama había recogido las mantas y las sostenía contra su pecho como un escudo.

—¿Qué está haciendo aquí? ¡Debe irse inmediatamente!

Sí, esto no era un sueño. —Esta es mi habitación.

Su boca se abrió antes de cerrarla de golpe. —No estará sugiriendo... —Tomó una respiración profunda y comenzó de nuevo—. Podemos resolver este lío mañana por la mañana. Pero un caballero se iría sin cuestionarlo y buscaría otra habitación.

No pudo resistirse a provocarla.

—Quizás no soy un caballero.

Ella balbuceó, sin palabras. Apiadándose de ella, se deslizó de la cama con una suave maldición.

—No sé por qué está usted molesta. Yo soy la parte perjudicada aquí.

Algo en el tono recatado de su voz le resultó familiar. Se dirigió a la ventana y apartó las cortinas para dejar entrar algo de luz de luna. Luego regresó a la cama —al lado que ocupaba la mujer— y se inclinó para examinarla. Ella se echó hacia atrás con un chillido.

Sus ojos recorrieron el rostro de ella. Cabello rubio, ojos azules... podría haber sido cualquiera. Pero entonces vio el pequeño lunar en la esquina de su ojo derecho.

—¿Celia Rowland?

Ella exhaló un suspiro impaciente.

—Es señorita Rowland para usted, milord. Ahora, ¿podría marcharse, por favor?

Tenía que reconocérselo. Otra mujer podría haber sucumbido a un ataque de vapores al encontrar a un hombre en su cama, pero no Celia. Solo la recordaba como la amiga de su hermana menor. Había sido bonita, y recordaba haberla encontrado dulce, pero también había sido demasiado joven para él la última vez que la vio. No podía negar que se había convertido en una hermosa joven.

No pasó por alto la forma en que su mirada se desvió hacia su pecho desnudo y no pudo contener su sonrisa burlona.

—¿Le gusta lo que ve?

Los ojos de ella volvieron a encontrarse con los suyos.

—Yo solo estaba...

—¿Admirando mi espléndida figura? ¿Preguntándose si me pidió que me fuera demasiado pronto?

Ella dejó escapar un bufido impaciente.

—¿Es su intención comprometerme?

Y fue entonces cuando la realidad de la situación se asentó en su lugar. Sin embargo, su comprensión llegó demasiado tarde, porque la puerta de la habitación se abrió de golpe.

CAPÍTULO DOS

LA VIZCONDESA viuda Thornton había llevado a Celia a la habitación de su hijo unas horas antes, diciéndole que algo no estaba bien con la habitación que se suponía que ella ocuparía. Le había asegurado a Celia que no se esperaba que él regresara esa noche, por lo que había sido una sorpresa encontrarse compartiendo la cama con el vizconde casi desnudo.

El hombre por quien había sentido un *tendre* cuando aún era una joven tonta que solo interactuaba con él en raras ocasiones cuando visitaba a sus hermanas. A pesar de su conocida inclinación por las bromas, Celia sabía que Thornton nunca le haría daño. Él se vestiría y luego encontraría otro lugar para dormir esa noche.

Pero aún más impactante que su despertar inesperado fue el sonido de la puerta del dormitorio siendo abierta con tanta fuerza que rebotó contra la pared con un fuerte estruendo. Y por supuesto, la persona que estaba en el umbral sería su madre. ¿Cómo sabía siquiera que Celia había cambiado de habitación por la noche? Mamá ya se había retirado cuando la madre de Thornton la escoltó a esta habitación.

Su madre sostenía una lámpara de aceite en alto mientras entraba en la habitación, con los ojos y la boca abiertos de indignación. Pero luego su boca se cerró de golpe, y el brillo en sus ojos dejó claro que estaba encantada de atraparlos en una posición tan comprometedora. Celia en su camisón, aferrándose a una manta contra su pecho, y Thornton de pie solo en ropa interior, sin importarle que su pecho estuviera desnudo.

Cielos, qué pecho era. Él la había sorprendido mirándolo, pero ¿podía culparla?

—¿Qué significa esto?

Celia quería poner los ojos en blanco ante el dramatismo de su madre, pero la situación era grave. —No pasó nada, mamá. Fue un malentendido.

Thornton ignoró el teatro de su madre. En su lugar, caminó hacia la ropa que había dejado en una silla, actuando como si estuviera completamente vestido, y recogió las prendas.

—Si me disculpa un momento —le dijo a su madre con una pequeña reverencia. Se dirigió al vestidor, cerrando la puerta tras de sí.

Su madre, sin embargo, parecía contenta de despertar a toda la casa. Celia se levantó de la cama, esperando arrastrar a su madre al dormitorio y cerrar la puerta.

Llegó demasiado tarde. Solo había logrado dar un paso en dirección a su madre cuando otros comenzaron a colocarse detrás de ella. Alcanzó su bata, poniéndosela apresuradamente, mientras los invitados comenzaban a hacer todo lo posible por asomarse por encima de los hombros de su madre.

—Mamá...

—Ya es suficiente. No hay nada que ver aquí. Por favor, vayan a la cama.

La vizcondesa viuda se abrió paso entre la creciente multitud. La madre de Celia se resistió pero finalmente permitió que Lady Thornton la arrastrara al dormitorio y cerrara la puerta tras ella. Se podían escuchar voces de protesta murmuradas, que se apagaron después de un minuto. Celia no tenía duda de que un ejército de lacayos estaba llevando a los invitados de vuelta a sus habitaciones. De otro modo, nunca se habrían ido.

Lady Thornton frunció el ceño a la madre de Celia. —Por el amor de Dios, baje la voz. —Se volvió hacia Celia—. ¿Puedes explicar qué está pasando aquí y por qué tu madre buscó levantar a toda la casa?

Thornton eligió ese momento para salir del vestidor. No tuvo que decir una palabra. El estado arrugado de su ropa le dijo todo a su madre.

—Exijo que repare el daño que ha hecho al buen nombre de mi hija —Mamá casi chillaba.

—Daño que no se habría hecho si hubiera mantenido la voz baja —dijo Lady Thornton.

La Sra. Rowland agitó su dedo en la cara de su anfitriona. —¡No estoy contenta de barrer este asunto bajo la alfombra y actuar como si su hijo no hubiera mancillado a mi hija!

Si había algo en lo que la madre de Celia era buena, era en montar un espectáculo. Aunque la mayoría de su audiencia había sido removida a la fuerza, estaba claro que no iba a abandonar el escenario.

—No pasó nada, mamá. Su Señoría no sabía que yo estaba aquí. Acababa de descubrir mi presencia y estaba a punto de irse.

Captó la mirada que Lady Thornton lanzó hacia su hijo y se atrevió a echar un vistazo rápido al vizconde antes de apartar la mirada de nuevo. Todo en lo que podía pensar era en los músculos que había visto en esa mirada demasiado breve. Pero había sido suficiente para dejar claro que este hombre no necesitaba rellenar su ropa. Ni necesitaba usar prendas restrictivas para contener su cintura como su padre había hecho cuando estaba vivo.

—Lamento que haya tenido que enterarse de mi compromiso con la señorita Rowland de esta manera. Habíamos planeado mantenerlo en secreto por un tiempo más.

Ella solo pudo mirar a Thornton con incredulidad. Casi pensó que lo había escuchado mal hasta que su madre dejó escapar un resoplido descontento.

—Harás un anuncio mañana. No podemos permitir que la gente chismee sobre mi hija.

Thornton asintió una vez.

—Esto no es necesario... —comenzó Celia.

Mamá cortó su protesta. —Esperaba un mejor comportamiento de ti. —Su ceño fruncido era casi risible. Celia no tenía duda de que su madre estaba encantada, y todos en la habitación lo sabían.

—Mamá...

—Te casarás pronto. Antes de Navidad.

Si el vizconde estaba enojado, lo ocultaba bien. —Antes del comienzo del nuevo año.

Su madre iba a discutir, pero Lady Thornton habló primero. —Por supuesto. Necesitaremos tiempo para prepararnos y enviar los anuncios. Y habrá que conseguir una licencia especial.

Eso pareció aplacar a su madre. Habiendo atrapado a uno de los hombres más ricos de Inglaterra para que se casara con su hija, querría que todos lo supieran.

Thornton dio la espalda a sus madres y le hizo una reverencia. Cuando habló, su voz era baja, solo para sus oídos. —Encontraremos una salida a esto. No serás obligada a un matrimonio que no quieres.

Ella buscó en sus ojos azules un indicio de enojo. Él debía pensar que ella había planeado esto, y ese pensamiento le causó una punzada de consternación. —Ni tú tampoco.

Con un asentimiento, se volvió para salir de la habitación. Extendió su brazo a su madre, quien lo tomó con aplomo.

Su madre esperó justo lo suficiente para que la puerta se cerrara tras la pareja antes de permitir que una sonrisa se extendiera por su rostro. Se apresuró hacia Celia y le tomó las manos.

—¡Bien hecho! Nunca esperé esto de ti. Ponerte en la cama del vizconde fue una jugada maestra.

Celia intentó mantener la compostura mientras su madre aplaudía de alegría.

—Debo admitir que me sorprendí cuando Lady Thornton vino a buscarte esta noche. Pero ahora veo que tenía la misma intención que yo.

La sorpresa la invadió.

—¿No creerás que...? ¿Ustedes dos planearon esto juntas?

Su madre hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—No, claro que no. Pero sí las seguí para ver a dónde iban. Cuando me di cuenta de que te traía aquí, decidí esperar para ver qué pasaría. Estaba a punto de retirarme cuando llegó el vizconde.

No podía haber oído correctamente.

—¿Sabías que esto iba a pasar? ¿Viste al vizconde entrar en la habitación y no lo detuviste?

Los ojos de su madre se entrecerraron.

—Por supuesto que no. ¿Quién soy yo para frustrar al destino?

—¿Destino? Mamá, no podemos atrapar al vizconde para que se case conmigo.

—Eso ya no importa. Un buen número de personas te vio en el dormitorio del vizconde. Y cuando descubran que él ha llegado... —Levantó un hombro en un encogimiento casual.

—Puede irse de nuevo antes de que alguien se entere de su llegada. Nadie tiene por qué saber por qué estabas tan alterada esta noche.

Se dirigió hacia la puerta, con la intención de ir tras el vizconde y Lady Thornton, pero su madre la detuvo en seco.

—No harás tal cosa. Por primera vez en tu vida, finalmente has hecho algo bien en lo que respecta a tu búsqueda de marido, y no permitiré que lo arruines.

—No podemos hacer esto. No está bien.

La mirada de su madre se endureció.

—Has estado leyendo demasiadas historias sobre el amor romántico. Ya es hora de que aprendas que tales nociones solo son aptas para cuentos de hadas. El tuyo será un matrimonio que todos envidiarán.

Su madre se dirigió a la puerta. Las esperanzas de Celia de salir a buscar a Thornton se desvanecieron con sus últimas palabras.

—No tengo reparos en explicar por qué estaba tan alterada. No habrá forma de ocultar lo que pasó aquí esta noche. Felicítate, querida. Estás a punto de convertirte en la nueva vizcondesa Thornton.

Con eso, su madre salió de la habitación con una sonrisa satisfecha en el rostro.

Celia se desplomó en la cama y miró fijamente al techo mientras sus pensamientos daban vueltas. Conocía lo suficiente a su madre como para garantizar que no se desviaría voluntariamente de este curso. Solo esperaba que el vizconde fuera capaz de idear una forma de salir de este lío.

CAPÍTULO TRES

UNO DE LOS sirvientes acompañaría a Thornton a un dormitorio que no estuviera ocupado, pero primero necesitaba hablar con su madre en privado. Se esforzó por contener su temperamento mientras la escoltaba a su habitación, negándose a dar a sus invitados otra razón para quedarse boquiabiertos.

Se prometió a sí mismo que no gritaría cuando ella abrió la puerta de su dormitorio y se hizo a un lado para permitirle entrar. Apenas reparó en el entorno de la habitación en tonos amarillo pálido y lavanda, que no había cambiado desde que era un niño pequeño. Siempre había disfrutado visitar a su madre aquí, pero ahora podía sentir que el control que mantenía sobre su ira comenzaba a desmoronarse.

Celia Rowland no habría estado en su dormitorio si su madre no hubiera dispuesto que durmiera allí. Si hubiera sido cualquier otra mujer que quisiera aprovecharse de la situación para atraparlo en matrimonio, no se habría sorprendido tanto por su presencia. No había ninguna de las astucias que sabía que las mujeres mostraban cuando estaban interpretando un papel, y podía notar que su preocupación era genuina a pesar del momento de conciencia que había pasado entre ellos cuando ella había mirado fijamente su cuerpo. Si hubiera tenido la intención de atraparlo, se habría esforzado por asegurarse de estar bien y verdaderamente comprometida, pero en su lugar había querido que se marchara lo antes posible.

Ignoró la pequeña punzada de decepción por no haber podido siquiera besarla antes de que todo se descontrolara.

De alguna manera, logró mantener su voz serena cuando se enfrentó a su madre. —¿Estabas realmente tan desesperada por casarme que organizarías lo que acaba de suceder?

Ella tomó aire audiblemente y lo miró con furia. Él había esperado todo tipo de excusas por su parte, pero no ira.

—¿Yo? ¿Por qué no hiciste caso a la advertencia de Saunders? No sé qué tipo de aventuras tienes cuando estás en la ciudad, ni quiero saberlo, pero Celia es una joven de buena cuna. Pensar que mi propio hijo intentaría aprovecharse de ella.

Su indignación se evaporó ante la de ella. —No sabía que estaría allí.

La ira de su madre no disminuyó con su protesta de inocencia. —Saunders nunca ha sido negligente en sus deberes y nunca me convencerás de lo contrario.

Cruzó hacia la pequeña zona de estar dispuesta en un lado de la gran habitación y se dejó caer en la chaise longue.

—Estaba cansado. Me informó que querías verme de inmediato, pero le dije que ya sabía de qué querías hablarme. Protestó, pero insistí. Debió asumir que me habías contado sobre Celia en la carta que me enviaste. —Una parte de él todavía no podía creer que su madre fuera

completamente inocente en cuanto al fiasco que había tenido lugar esa noche—. ¿Por qué la pondrías en mi habitación? Seguramente no has invitado a tanta gente como para que nos hayamos quedado sin dormitorios, ¿verdad?

Su madre se sentó a su lado en el opulento asiento lavanda, con los hombros caídos. —La puse junto a su madre. Pero me encontré con la señora Rowland hablando con Lord Gravenhurst y apenas podía creer lo que estaba oyendo. Iba a comprometerla para que se viera obligada a casarse con él. —Miró a Thornton a los ojos—. No podía permitir que eso sucediera. La señora Rowland no ha ocultado su frustración. Ha organizado todo tipo de pretendientes, pero su hija no aceptó a ninguno de ellos. Aun así, no podía permitir que se forzara la mano de Celia de esa manera.

La ironía de la situación no se le escapaba. —Y en su lugar, yo la comprometí.

—No quería que esto sucediera. Pero debes saber que Celia es una buena pareja para ti.

—Parece que todos conseguirán lo que quieren excepto Celia y yo.

—Y el odioso Lord Gravenhurst. Oh, ¿por qué lo invité?

Colocó una mano sobre la de su madre y la apretó suavemente. —Porque era un amigo de la familia.

Ella negó con la cabeza. —No realmente. A tu padre no le caía bien, pero por alguna razón sentía que era importante cultivar la amistad del hombre. Tiene poder en el parlamento.

—Un poder que está menguando.

Su madre lo miró y frunció el ceño. —¿De verdad? ¿Así que mantuve la relación sin motivo?

Le dio a la mano de su madre un último apretón antes de soltarla. —¿Cómo ibas a saberlo?

No, su madre no habría oído los susurros que se decían sobre el hombre. Había enterrado a dos esposas, y ahora tenía la vista puesta en Celia Rowland. Sin importar lo que saliera de los eventos de esta noche, no podía lamentar que ella hubiera escapado de las garras del hombre.

Se levantó y miró a su madre que permanecía sentada. Parecía tan pequeña, y su angustia era genuina.

—Todo estará bien. Hablaré con la señorita Rowland mañana y decidiremos cómo proceder.

—¿Crees que pondrá fin al compromiso antes incluso de que se anuncie? Temo lo que su madre haría en esa situación.

Se inclinó y dejó caer un beso en la frente de su madre. —Intenta dormir un poco. Mañana arreglaremos las cosas.

No le sorprendió encontrar a Saunders esperándolo fuera del dormitorio de su madre. Para su crédito, el mayordomo no mostró ni un ápice de censura y lo condujo, en silencio, a otro dormitorio.

A pesar de sus palabras de despedida a su madre, Thornton no creía que pudiera pegar ojo esa noche. Todos los signos de la fatiga que lo habían llevado a comportarse de manera tan descuidada habían desaparecido.

ERA imposible ignorar los susurros a la mañana siguiente cuando se dirigió al comedor del desayuno. Finalmente había logrado encontrar consuelo de sus pensamientos giratorios en el sueño, pero estaba despierto demasiado temprano para su gusto.

Su mirada recorrió a los numerosos invitados, muchos más de lo habitual. ¿Su madre había invitado a todo el condado? Tenía sentido que estuviera organizando su reunión navideña más grande el año en que él cometió semejante faux pas como comprometer involuntariamente a una

joven mujer.

Saludó a todos mientras cruzaba la habitación hacia el aparador. No vio a Celia, pero sí divisó al barón Gravenhurst.

Después de llenar su plato, se dirigió al asiento vacío junto al hombre. La revelación de su madre de que la madre de Celia había llegado a un acuerdo con el barón para que este comprometiera, si no mancillara directamente, a su hija lo enfurecía. Esperaba que su madre se hubiera equivocado en lo que había escuchado.

No tardó mucho en descubrir que no era así.

Gravenhurst lo fulminó con la mirada, sin molestarse en ocultar su desagrado cuando Thornton tomó asiento.

—No sabía que tendría un rival por los afectos de la señorita Rowland.

Thornton sostuvo la mirada del hombre.

—La señorita Rowland y yo nos conocemos desde hace tiempo. Fue una buena amiga de una de mis hermanas.

El hombre soltó un bufido indecoroso.

—¿Y también fue una amiga especial para usted?

—La última vez que la vi, era poco más que una niña. No tengo por costumbre robar cunas para buscar compañía femenina —a diferencia de algunos, añadió mentalmente. Ambas esposas del barón habían sido jóvenes, recién presentadas en sociedad. Le irritaba que este hombre, con edad suficiente para ser el padre de Celia, hubiera pensado en coaccionarla para que se casara con él.

Gravenhurst se limitó a encogerse de hombros y volvió su atención al plato.

—No puedo culparlo. Yo tampoco he sido bueno esperando a la noche de bodas.

Los dedos de Thornton se tensaron alrededor del tenedor. Arrepentido de su decisión de sentarse junto a este hombre, se obligó a tragar un bocado de huevos con la garganta seca. Tal vez si ignoraba al barón, este dejaría de hablar.

Pero era casi imposible ignorar el hecho de que Celia había tenido un roce con el peligro la noche anterior. De no ser por el rápido pensamiento de su madre al ponerla a salvo, bien podría haberse encontrado prometida con este hombre detestable esta mañana. No quería contemplar semejante destino para la dulce y deliciosa Celia.

Gravenhurst se inclinó hacia él.

—Por supuesto, si cambia de opinión, no tendré ningún problema en quitársela de las manos. Ni siquiera me importa su reputación arruinada —dijo con un guiño.

El tenedor de Thornton repiqueteó en el plato, pero el barón era ajeno a su creciente ira.

—Un joven como usted no querrá atarse demasiado pronto. Diga la palabra y ella puede ser Lady Gravenhurst.

Sobre su cadáver. Thornton se encontró con la mirada del barón, permitiendo que el hielo tocara sus palabras.

—No sé qué cree que pasó anoche, pero debería dejar de hablar ahora mismo. La próxima vez que se dirija a mí, le aconsejo que recuerde que la señorita Rowland está bajo mi protección. No tendría reparos en retarlo a duelo.

Casi deseaba que Gravenhurst desafiara su advertencia. Entonces podría estampar su puño en la cara del hombre.

CAPÍTULO CUATRO

CELIA NO QUERÍA ABANDONAR NUNCA MÁS esta habitación, pero sabía que su madre jamás le permitiría el lujo de la privacidad. Cuando una criada llegó con uno de sus vestidos, Celia suspiró y comenzó los preparativos para el día.

No importaba que nadie hubiera visto al vizconde anoche. Muchos la habían visto en su dormitorio, y cuando se dieran cuenta de que él estaba en la residencia... Se estremeció al pensar que todos estarían hablando de ellos. Chismeando y saltando a todo tipo de suposiciones incorrectas.

Suposiciones que su madre haría todo lo posible por fomentar.

Cuando la criada terminó de peinar a Celia, esta se levantó y se preparó para afrontar el día. Pero ¿cómo se prepara una para estar en el centro de un escándalo? Conocía a muchas jóvenes que prosperarían bajo la especulación a la que ella estaba a punto de enfrentarse; había conocido a muchas de ellas durante su última temporada. Pero a ella siempre habían tenido que sacarla a rastras de su escondite preferido, sentada en los márgenes de los numerosos salones de baile que había frecuentado.

Por un momento fugaz, pensó que podría bajar rápidamente, coger algo de comer y luego retirarse a algún lugar tranquilo donde pudiera esconderse el resto del día. Pero cuando la criada abrió la puerta para marcharse, su madre pasó rozando a la joven.

—Oh, qué bien. Pensaba que seguramente ibas a intentar esconderte hoy.

Y ahí se fue toda idea de intentar encontrar un respiro. Celia conocía esta casa mucho mejor que su madre, después de todo, ya que se había alojado aquí varias veces cuando era más joven. No tenía dudas de que podría encontrar algún lugar donde ocultarse de todos los que estarían especulando sobre lo que había ocurrido anoche.

Suspiró mientras su madre le metía el brazo bajo el suyo y prácticamente la arrastraba fuera del dormitorio del vizconde. Para todos los que las vieran, parecería una muestra de apoyo. Pero su madre la agarraba del brazo con demasiada fuerza, y Celia sabía que no habría escapatoria.

Entrar en el comedor fue peor de lo que había imaginado. El suave murmullo de la conversación se detuvo abruptamente, y todos los ojos de la sala se volvieron para mirarla. Debía de haber al menos veinte personas presentes. Si su madre no la tuviera agarrada con tanta fuerza del brazo, se habría dado la vuelta y habría salido.

Lady Thornton acudió en su rescate, cruzando hacia su lado y casi arrancándola del agarre de su madre. Juntas caminaron hacia el aparador, mientras el sonido de los susurros se reanudaba a su paso. Mamá las seguía de cerca, como si temiera que Celia pudiera escapar de alguna manera.

—Espero que hayas dormido bien después de la interrupción de anoche. Debería haberle dicho a tu madre que te había cambiado temporalmente de habitación porque la tuya no estaba

lista. Nunca pensé que se preocuparía tanto cuando no pudiera encontrarte.

Celia no pasó por alto la brusca inhalación de su madre detrás de ella, y se preparó para una escena.

—Me alegro de que Saunders pudiera advertir a mi hijo sobre el cambio temporal de habitaciones cuando llegó temprano esta mañana.

Celia adoraba a esta mujer. Los susurros aumentaron detrás de ellas, las palabras de la vizcondesa viuda pasando de persona a persona. Con suerte, esto pondría fin a cualquier discusión sobre forzarla a ella y a Thornton a un matrimonio.

—¿Y dónde está Lord Thornton esta mañana? —La voz de su madre, mucho más alta de lo necesario, puso los nervios de punta a Celia. No iba a dejar pasar esto—. Oh, ahí está, sentado junto a Lord Gravenhurst.

Captó la expresión tensa en el rostro de Lady Thornton y la forma en que la boca de la vizcondesa viuda se apretó ante la mención del barón por parte de su madre. Celia no pudo evitar sentir que se estaba perdiendo algo importante y tendría que preguntarle a Thornton sobre eso más tarde.

Pero al menos la vizcondesa viuda había allanado el camino. Si nadie sabía que el vizconde se había metido accidentalmente en la cama con ella, aún podrían poner fin al compromiso sin ningún escándalo. Quizás al final de la fiesta en la casa, cuando todos se fueran para regresar a sus propios hogares a tiempo para el día de Navidad, podrían finalmente poner fin a esta tontería.

Casi como si lo hubiera invocado, Thornton se unió a ellas. Las invitó a unirse a él en el extremo de la mesa, que estaba en su mayoría desocupado.

Lady Thornton lideró la mayor parte de la conversación, tratando de alejarla de Celia y Thornton. Celia notó el disgusto en el rostro de su madre y supo que el respiro de la mañana no duraría mucho. Exigiría que se hiciera un anuncio formal frente a sus invitados o revelaría lo que realmente había sucedido anoche.

Celia se arriesgó a echar un vistazo a Thornton, observando su expresión mientras hablaba con sus tres primas que se habían movido a la parte baja de la mesa para unirse a ellos. Lily, Iris y Violet. La acosarían a ella o a su tía en cuanto terminara el desayuno. Le aterrorizaba pensar en lo que Mamá les contaría sobre los acontecimientos de la noche anterior.

Como si sintiera su mirada, Thornton se volvió para mirarla. Su sonrisa no revelaba enfado por la situación en la que se encontraban. No fue difícil devolverle la sonrisa.

THORNTON BUSCÓ el respiro de su estudio después del desayuno.

Las declaraciones de su madre habían acallado las especulaciones sobre lo que había ocurrido anoche, pero todos sabían que la señora Rowland no se contentaría con dejar el asunto en paz. Tendría que hacer el anuncio de su compromiso esa misma noche o arriesgarse a que ella le contara a todo el mundo que los había encontrado a solas en su dormitorio.

Decir que estaba molesto con la mujer sería quedarse muy corto, pero al menos ella había abandonado su plan de crear un emparejamiento entre su hija y Gravenhurst. Si su anuncio evitaba que eso sucediera, entonces no podía lamentar haber pospuesto los intentos de Saunders de advertirle.

No tenía trabajo que hacer, pero eso no impidió su fastidio cuando sonó un golpe en la puerta.

En lugar de gritar para que el intruso entrara, se levantó de su escritorio y se dirigió a

zancadas hacia la puerta. Si era Gravenhurst, de vuelta para hacer comentarios lascivos sobre Celia, no tendría reparos en hacer lo que fuera necesario para cerrarle la boca.

Con la ira volviendo a la superficie, abrió la puerta de golpe. Se desinfló cuando vio a Saunders parado en el pasillo.

El mayordomo arqueó una ceja ante el comportamiento abrupto de Thornton, pero no hizo ningún comentario al respecto. —Su madre ha pedido verlo en su salita.

Thornton soltó un suspiro. —Por supuesto.

Se preguntó qué más tendría que decirle, pero a estas alturas no ignoraría otra de sus convocatorias.

La puerta de la salita estaba cerrada. Normalmente su madre la mantenía abierta, pero al igual que él, probablemente quería un momento de calma lejos de sus invitados.

No llamó a la puerta, sino que entró en la habitación y se dispuso a cerrar la puerta tras de sí antes de darse cuenta de que su madre no estaba allí. En su lugar, Celia esperaba junto a la ventana, mirando hacia los terrenos. Se dio la vuelta y se encontró con su mirada.

No acortó la distancia entre ellos, pero sí se aseguró de cerrar la puerta con llave. Lo último que necesitaban era otra interrupción.

—Tu madre pensó que deberíamos hablar.

—Por supuesto —indicó que se sentara en una de las sillas y luego tomó asiento en la que estaba al lado de la suya, en ángulo.

No pudo evitar preguntarse qué pretendía lograr su madre al organizar esta reunión secreta.

Celia suspiró.

—Necesito disculparme.

Él alzó una ceja.

—Tenía entendido que tú eras tan víctima de los intentos de casamentera de tu madre como yo.

—No tengo idea de lo que pasó anoche. Tu madre me aseguró que no se te esperaba, pero que si llegabas a casa temprano, el personal debía mostrarte otra habitación.

—Ese era el plan. Pero llegué tarde e hice caso omiso de la insistencia de Saunders de que necesitaba hablar con mi madre. Ya sabes cómo resultó todo.

Celia dejó escapar un suspiro.

—Tú no tienes la culpa. Todavía no sé por qué tu madre insistió en que durmiera en tu alcoba anoche, pero fue bastante tajante en que mi habitación no serviría.

Él la observó con atención, buscando el más mínimo indicio de que le estuviera mintiendo. No sería la primera mujer que intentara atraparlo en matrimonio haciéndole comprometerla, después de todo. Pero no pudo detectar nada más que honestidad en sus claros ojos azules. Tenía las manos apretadas en su regazo, con los nudillos casi blancos.

—He intentado hacer entrar en razón a mamá, pero no me escucha. Me temo que no se la podrá disuadir de este curso de acción —negó con la cabeza, formándose una pequeña arruga entre sus cejas—. Este comportamiento es muy impropio de ella. No puede creer honestamente que tú y yo... —apartó la mirada, incapaz de completar esa frase. Tomó aire y continuó—. No deberías tener que sufrir por su extralimitación.

Su declaración lo inquietó.

—Extralimitación es un término duro e injusto. Eres una joven de buena cuna, y tu linaje familiar es impecable. ¿No era tu abuelo un conde?

—Sí, pero eso no significa que quiera atraparte en un matrimonio que no deseas. Mamá ha estado tratando de encontrarme marido desde hace tiempo, pero nunca pensé que forzaría un

enlace.

No pudo detectar ningún signo de que Celia estuviera fingiendo para él. Aun así, continuó:

—Ella nos encontró juntos, y ninguno de los dos estaba completamente vestido.

Ella se sonrojó y apartó la mirada. Él recordó de nuevo cómo lo había observado y supo que ella también estaba pensando en ese momento.

Finalmente, volvió a encontrarse con su mirada.

—Voy a romper el compromiso.

Él solo pudo mirarla fijamente, convencido de que estaba diciendo la verdad. Esta mujer tonta y desinteresada permitiría que su propia reputación se arruinara para asegurar su felicidad.

Un remolino de emociones lo tomó por sorpresa. Era admiración. Y junto con eso, un impulso que lo instaba a salvarla. Pero no porque fuera desinteresado. No, porque era ella, Celia Rowland. Y no quería verla sufrir.

—No deberíamos actuar con demasiada prisa. Al menos, deberíamos esperar hasta que el resto de los invitados se marchen dentro de dos días. No queremos que tu madre comparta el verdadero motivo de nuestro compromiso.

Celia se estremeció.

—Dios no lo quiera. Normalmente diría que mi madre nunca haría algo así, pero está siendo muy insistente y me temo un poco que podría hacerlo.

—¿Entonces esperarás?

—Sí, pero solo hasta que los otros invitados se marchen. No quiero que esta situación empeore más de lo que ya está.

Él frunció el ceño, sabiendo que si había que creer a su madre, la señora Rowland había planeado un escenario mucho peor. Y su madre no tenía razón para mentir.

Claramente, no había sido capaz de ocultar la ira que amenazaba con estallar cada vez que pensaba en las intenciones de Gravenhurst hacia Celia.

Ella entrecerró los ojos e inclinó la cabeza hacia un lado como si intentara leerle la mente.

—Hay algo que no me estás contando.

No tenía sentido ocultarle la verdad. Si su madre estaba dispuesta a urdir un plan tan horrible con Gravenhurst, era mejor que Celia estuviera en guardia. Trató de no pensar en el hecho de que él no estaría allí para protegerla la próxima vez que su madre intentara algo similar.

—Te lo digo porque necesitas saberlo para que puedas protegerte en el futuro.

Sus ojos se agrandaron, pero esperó a que él continuara.

—Hablé con mi madre anoche. En ese momento estaba convencido de que ella había planeado lo sucedido junto con tu madre.

Ella jadeó.

—Seguramente ella no...

—No. Como me recordó, Saunders intentó evitar que me dirigiera a mi dormitorio sin hablar primero con ella. Pero yo estaba cansado y convencido de que lo que quisiera decirme podía esperar hasta la mañana.

—Iba a advertirte que me había instalado en tu alcoba.

—Sí. Y se enfadó cuando pensó que yo, de hecho, estaba intentando comprometerte.

—Me lo puedo imaginar —dijo con una mueca.

—Una vez que mi propia ira se calmó, me di cuenta de que ella había hecho todo lo posible para asegurarse de que no... me topara contigo.

Sus miradas se encontraron y se sostuvieron durante un largo momento antes de que ella se sonrojara de nuevo y apartara la vista. Ninguno de los dos necesitaba decir que él había hecho

mucho más que simplemente toparse con ella.

—Debes saber que tu madre esperaba forzar un enlace entre tú y Gravenhurst. Había planeado atraparlos juntos y luego exigir que se casaran.

Ella jadeó, con la boca abierta.

—No lo haría. No estaba contenta cuando desalenté a mis pretendientes la temporada pasada, pero nunca me presionó al respecto. ¿Por qué haría algo así?

La idea de que Celia tuviera pretendientes lo perturbó, pero apartó su incomodidad. Había sentido lo mismo cuando cortejaban a sus hermanas. Era natural que también fuera protector con una de sus amigas.

—Mi madre las escuchó planeándolo. Para protegerte, arregló que cambiaras de habitación para que él no pudiera llevar a cabo el plan.

—Y en su lugar, solo logró atraparte a ti en este enredo.

—Estaba enojado, sí, pero ya no.

Ella escudriñó su mirada, su ceño fruncido le decía que no le creía.

—Celia —dijo, inclinándose hacia adelante—. Haría cualquier cosa para asegurarme de que no estés atada a ese hombre. Te mereces algo mejor.

Dejó escapar un suave suspiro. —Puede que sea cierto, pero este es mi problema, no tuyo. Al final de esta reunión, te daré tu libertad. Y ya que ahora soy mayor de edad, le haré saber a Mamá que por mucho que lo desee, no puede obligarme a casarme. Cualquier intento futuro de su parte para forzar un enlace entre yo y otro hombre de su elección solo conducirá a mi ruina. *No* seré obligada a casarme.

No pudo evitar preguntarse por qué parecía tan vehemente en su oposición al matrimonio. ¿Era porque quería elegir ella misma a su futuro esposo, o se oponía a la institución en su totalidad?

Por mucho que quisiera, no preguntaría. —Tenemos tiempo. Por ahora, nuestro mejor curso de acción será anunciar nuestro compromiso.

Ella hizo una mueca, pero no lo contradijo.

—Necesitamos que tu madre crea que su plan ha funcionado para que no le cuente a nadie sobre nuestro pequeño malentendido de anoche. No solo estoy preocupado por mí. Cuando terminemos este compromiso fingido, quiero que tu reputación permanezca intacta.

Sonrió, pero había una tristeza en sus ojos que le oprimió el corazón.

—Encontraremos una solución, Celia. Una que te dé todo lo que quieres.

Ella apartó la mirada por un momento, tragando visiblemente antes de responder. —Gracias por tu preocupación.

Se levantó de su asiento, y él la imitó. —Deberías irte primero. Cuando Saunders te vea, irá a buscar a tu madre. Ella me escoltará fuera de sus aposentos para que nadie sepa que estuvimos solos.

Hizo una reverencia y se despidió, pero no quería hacerlo. Quería quedarse e intentar asegurarle a Celia que todo saldría bien al final. Pero, ¿cómo podía hacer eso cuando, a pesar de lo que le había dicho a Gravenhurst, no estaba en su poder protegerla?

Podrías casarte con ella de verdad. Te atrae, y vuestra amistad es una base más sólida de la que muchos tienen cuando se casan.

Ignoró el pensamiento errante y salió de la habitación a grandes zancadas sin mirar atrás.

CAPÍTULO CINCO

EL DÍA HABÍA SIDO TAN difícil como Celia imaginaba. A pesar de las actividades que Lady Thornton había organizado para entretener a sus invitados durante el día, los pensamientos de Celia no se alejaron mucho de lo que sucedería durante la cena.

Celia aún no podía creer que su madre se estuviera comportando de esa manera. Sí, Mamá no había ocultado su deseo de verla casada, pero ¿intentar forzar su mano?

La cena fue animada, la conversación fluía libremente a su alrededor mientras disfrutaban del venado. Celia comenzó a tener la esperanza de que hubieran evitado todo el calvario. Tal vez la madre del vizconde había convencido a Mamá de no seguir con su actual curso de acción.

Mamá había estado callada durante la cena, y Lady Thornton había sido magistral al animar a todos a compartir sus planes para Navidad. Eso era dentro de solo cuatro días, pero todos se irían para regresar a sus hogares en dos días. Celia tenía que sobrevivir ese tiempo sin revelar que sus nervios estaban completamente destrozados.

Lanzó otra mirada furtiva a la cabecera de la mesa, donde Thornton estaba hablando con uno de los invitados sentados a su izquierda, una viuda mayor cuyo nombre Celia no podía recordar. Cuando su mirada buscó la de ella, había una determinación acerada en sus ojos que le hizo darse cuenta de que sus esperanzas habían sido en vano.

El vizconde se levantó, y la conversación se detuvo mientras todos le prestaban atención. Celia miró a su madre y no pudo pasar por alto la sonrisa satisfecha en su rostro.

Miró a Thornton de nuevo, maravillándose de cómo podía parecer tan calmado. —Me gustaría aprovechar esta oportunidad para agradecerles a todos por acompañarnos este año. Después de todo, ¿qué sería la Navidad sin una de las fiestas en casa de mi madre? —Hizo una pausa, esperando que los murmullos de asentimiento se apagaran—. También tengo un anuncio que hacer.

Celia se enderezó e intentó no encogerse. Pronto, todos la estarían mirando.

La mirada del vizconde recorrió a todos los sentados alrededor de la mesa. Había pensado que había mucha gente presente en el desayuno esta mañana, pero el número de personas sentadas a lo largo de la larga mesa del comedor hacía que ese grupo pareciera pequeño.

Se preguntó si las reuniones navideñas de la vizcondesa viuda normalmente eran tan grandes. Nunca había asistido antes, incluso cuando las hermanas de Thornton eran más jóvenes y ella era una visitante frecuente de la casa.

Por supuesto, era solo su mala suerte que la primera vez que ella y Mamá asistían, el desastre hubiera golpeado.

Mantuvo su atención en Thornton, tratando de no preocuparse por todos los testigos de su anuncio. Era imposible ignorar lo guapo que era. Por supuesto, ahora que sabía cómo se veía

debajo de su chaleco ajustado y su abrigo de hombros anchos, era difícil olvidarlo.

Se había encaprichado con Thornton cuando era más joven, pero había asumido que era solo una infatuación juvenil. Durante aquellas visitas de verano, él había sido el atractivo hermano mayor de cabello oscuro de Emily y Julia. Siempre había sido paciente con sus hermanas y, por extensión, con ella. Pero su comportamiento ahora solo cimentaba su buena opinión de él. Cualquier otro hombre habría estado enojado por la situación en la que ahora se encontraban. Ella había esperado amargas acusaciones sobre sus intrigas, tal vez incluso algo de berrinche.

Debería haber sabido que Thornton no se comportaría de esa manera. Había estado a la altura de las circunstancias con gracia y aplomo. Su conversación anterior ese día había confirmado que no estaba feliz con el giro actual de los acontecimientos, pero mirándolo ahora, mientras se preparaba para anunciar su compromiso, no podía ver ninguna indicación de que hubiera sido forzado a esto.

Cuando su mirada llegó a ella, una sonrisa se extendió por su rostro. Su corazón comenzó a acelerarse cuando él levantó su copa de vino en su dirección.

—Estoy muy feliz de anunciar que la señorita Celia Rowland ha consentido en ser mi esposa y será la próxima vizcondesa Thornton.

El silencio que se instaló en la habitación fue casi ensordecedor, y ella pudo sentir el peso de todas esas miradas cuando todos se volvieron para mirarla. Armándose de valor, levantó su propia copa en respuesta. Con una inclinación de cabeza y una sonrisa forzada, tomó un sorbo de su vino.

Los ojos de Thornton permanecieron fijos en los de ella sobre su copa mientras él hacía lo mismo. Era consciente del movimiento a su alrededor mientras el resto de los invitados levantaban sus propias copas para brindar por su felicidad.

Thornton volvió a sentarse, y los lacayos entraron en acción, retirando sus platos y luego sirviendo el postre. Se sirvieron budín de ciruela y un surtido de galletas y macarrones.

Poco a poco se reanudó la conversación, pero para Celia era imposible ignorar las miradas especulativas que le lanzaban. Mamá, por supuesto, estaba encantada con el curso de los acontecimientos, radiante de orgullo maternal.

Celia tomó un bocado del budín, pero admitió que no terminaría el postre. Había comido poco e imaginaba que estaría muerta de hambre a medianoche, pero era imposible ignorar los nervios que revoloteaban en su vientre.

No estaba acostumbrada a estar en el centro de tanta atención, algo que siempre la dejaba intranquila. Pero más allá de eso, había llegado a un descubrimiento inquietante. En ese momento, cuando sus ojos se encontraron con los de Thornton mientras él hacía su brindis, se había dado cuenta de una verdad incómoda.

Había pensado que ya había superado el encaprichamiento juvenil que una vez tuvo por este hombre, pero ahora sabía que eso no era cierto. Porque una gran parte de ella había querido creer que sus palabras eran sinceras. Que él estaba anunciando su matrimonio porque se preocupaba por ella, tal vez incluso la amaba. Era tonto, cosas de sueños de niña, pero también era su desafortunada realidad.

El *tendre* que había sentido por él de alguna manera había florecido en amor. Tal vez siempre lo había amado, pero ahora era consciente de él de una manera que su yo más joven nunca podría haber imaginado.

Y porque le importaba demasiado como para forzarlo a un matrimonio que no quería, tendría que dejarlo ir.

CUANDO TERMINÓ LA CENA, las mujeres se dirigieron al salón, dejando a los hombres atrás. Solo habría un breve interludio antes de que comenzara el entretenimiento de la noche, pero les dio a muchas la oportunidad de agruparse a su alrededor y exigir respuestas a sus preguntas.

Entre las principales estaban sus primas, Lily, Iris y Violet, quienes exigían conocer cada detalle de su cortejo con Thornton. Celia intentó eludirlas, diciéndoles a todos que conocía al vizconde desde joven y que todo había cambiado recientemente cuando se reencontraron después de años sin verse. No era mentira, pero carecía de los detalles que todos anhelaban.

Finalmente, Lady Thornton se levantó y guio al grupo a la sala de música. Habían colocado guirnaldas de vegetación sobre los respaldos de las sillas dispuestas alrededor de un pianoforte.

Celia se dirigió a la mesa que habían instalado en el extremo de la sala con un gran cuenco de wassail. Respiró hondo, inhalando el rico aroma de sidra de manzana, especias y brandy. Tenía debilidad por esa bebida caliente y sonrió ampliamente al lacayo que le entregó una taza.

Su madre había reservado asientos para ellas en primera fila, pero Celia optó por seguir a sus primas, que se sentaron más hacia el centro de la sala. Podía sentir la mirada fulminante de su madre mientras se alejaba.

El sonido de una animada conversación la envolvió mientras muchas de las mujeres indicaban su intención de exhibir sus talentos. Celia se sintió aliviada de que finalmente podría relajarse y disfrutar de la velada, segura de que la atención de todos ya no estaría fija en ella.

Lily se sentó a un lado suyo, Iris y Violet al otro, y continuaron acribillándola con preguntas. Le pedían que compartiera más detalles sobre su cortejo con Thornton, querían saber cómo le había propuesto matrimonio el vizconde y si ya habían fijado la fecha de la boda. No quedaron satisfechas con las vagas respuestas de Celia.

Las voces altas que llegaban desde la puerta le indicaron que los hombres finalmente se unían a ellas. Se dio la vuelta, no queriendo que la pillaran mirando.

Lily le apretó el brazo y se inclinó para susurrarle al oído:

—Debo admitir que estoy un poco celosa. El vizconde es el hombre más apuesto de aquí.

Celia estaba completamente de acuerdo. Era el hombre más intrigante de su conocimiento, y había llegado a conocer a un buen número de ellos en los últimos años mientras su madre hacía todo lo posible por conseguirle un partido.

—También es el hombre más joven de aquí —dijo.

Lily negó con la cabeza, haciendo que sus rizos rubios bailaran alrededor de su rostro.

—No seas tímida. Debes darnos más detalles. Moriré de curiosidad.

Celia alzó las cejas.

—Quizás más tarde, cuando no haya tantos oídos a nuestro alrededor.

Iris y Violet casi rebotaron en sus asientos.

—Ni se te ocurra excluirnos. No nos importa que Lily sea la mayor.

Cuando los hombres entraron y se acomodaron hacia el fondo de la sala, Celia necesitó de toda su fuerza de voluntad para no darse la vuelta y buscar a Thornton. En otras circunstancias, no habría dudado en saludarlo con la mano, pero ahora que había tanto alboroto en torno a ellos dos, no se atrevía.

La vizcondesa viuda se sentó detrás del pianoforte, iniciando la velada con una hermosa interpretación de "The First Noel". A Celia siempre le había gustado el canto de Lady Thornton, habiéndolo escuchado muchas veces en el pasado. La voz de la vizcondesa era más profunda que

la de muchas mujeres, lo que daba una rica calidad a la canción que se correspondía con su forma de tocar. La propia voz de Celia era una soprano moderadamente alta, lo cual era ordinario en su opinión.

Su aplauso fue sincero cuando Lady Thornton terminó la canción. La madre de Thornton se levantó e hizo una profunda reverencia. Esta era una mujer segura de sus habilidades y que no le importaba la atención que atraía al actuar. A diferencia de Celia, que disfrutaba cantando y tocando solo en privado o ante un pequeño grupo de conocidos.

Lady Thornton miró al grupo.

—Me gustaría invitar a quien desee tomar su turno. ¿Quién será el primero?

Para horror de Celia, su madre se puso de pie. Mamá no cantaba, lo que solo podía significar...

—Creo que mi hija debería ir primero, dadas las circunstancias.

Y así, la relativa paz de los últimos minutos se esfumó cuando todos se volvieron a mirarla. Los pensamientos de Celia corrían mientras buscaba una razón para no actuar ante tanta gente.

Mamá no le dio la oportunidad de inventar una excusa.

—Como pueden ver todos, mi hija es tímida y necesitará algo de aliento.

Iba a matar a su madre. ¿Por qué le estaba haciendo esto?

El educado aplauso y las palabras de ánimo que siguieron a la declaración de su madre no le dejaron elección. A pesar de que no deseaba otra cosa que huir de la habitación, Celia respiró hondo y se puso de pie. Los ánimos cesaron entonces, y fue imposible ignorar los susurros. Algunos eran de mujeres descontentas que querían mostrar sus propios talentos, y alguien se preguntó si Celia siquiera sabía tocar.

Sería capaz de tocar, pero no podía garantizar que su voz no flaqueara.

Estaba claro que no podría evitar la humillación que se avecinaba, así que mejor terminar con ello lo más rápido posible. Juntó las manos en su cintura para evitar que temblaran y se dirigió al frente de la sala.

Si no hacía contacto visual con nadie mientras tocaba, tal vez podría fingir que era una de esas veces en que había tocado para la familia de Thornton. Él incluso había estado presente en algunas ocasiones.

Se sentó en el banco, alisando su falda. Sus manos no temblaban, algo por lo que estaba agradecida. Ignoró las partituras que Lady Thornton había apilado para los invitados. Había un villancico que conocía de memoria, y no quería prolongar esta prueba buscando entre las partituras para encontrar una canción diferente. Desafortunadamente, también era una canción relativamente larga.

Con un suspiro profundo, colocó las manos sobre las teclas, tratando de convencerse de que esto sería como todas esas otras veces que había tocado en esta misma sala. Pero era imposible ignorar los susurros. Iba a avergonzarse a sí misma.

Un movimiento a su izquierda la hizo girarse para ver quién se acercaba. Esperaba ver a su madre, o quizás Lady Thornton planeaba unirse a ella. Nunca esperó ver al vizconde. Aunque la había visto a ella y a sus hermanas actuar en varias ocasiones hace muchos años, nunca se había unido a ellas. ¿Acaso sabía cantar? Si no, ambos harían el ridículo.

Pero no podía ignorar el calor que se encendió dentro de ella ante su disposición a acudir en su ayuda. Otra vez.

Le sonrió, haciendo que su corazón se acelerara, pero esta vez no fue por los nervios. Él le dio la espalda a su público y habló en voz baja, solo para sus oídos.

—No tienes por qué estar nerviosa. Te he oído actuar y estás más que preparada para la tarea.

Ella no estaba segura de que eso fuera cierto, pero con él a su lado, de pie junto a ella, la mayoría de la gente lo miraría a él y no a ella.

Tomó otra respiración profunda y comenzó a tocar los primeros acordes de "Los Doce Días de Navidad." Las primeras teclas sonaron un poco toscas, pero no tardó en recuperar el ritmo de la canción. La había tocado muchas veces y realmente no tenía que pensar en lo que estaba haciendo.

Cantar era otra cuestión completamente diferente. Cuando abrió la boca para empezar, no salió nada. Afortunadamente, Thornton no esperó a que ella tomara la iniciativa y su rico barítono llenó la sala. Ella se unió a él en la segunda línea de la canción y sus voces se entretejieron a través de la letra, fundiéndose perfectamente. Nadie adivinaría que nunca habían cantado juntos antes de esa noche.

Su atención se desvió del teclado. Al principio miró hacia abajo, no para ayudarse a tocar sino para concentrarse en la canción y no en las personas que los observaban. Pero al poco tiempo, su mirada se desvió hacia Thornton mientras lo observaba cantar como si tuviera la costumbre de actuar para otros.

Ni siquiera se dio cuenta de que el resto de los invitados se habían unido, cantando con ellos, hasta que llegó al final de la canción y sus dedos se quedaron quietos sobre las teclas.

Le sonrió a Thornton, preguntándose por qué nunca lo había oído cantar antes de esta noche. Recordaba a sus hermanas intentando que se uniera a ellas, pero él nunca había aceptado.

Se había olvidado por completo del público hasta que estallaron en un aplauso entusiasta. Apartó la mirada de Thornton, sintiendo el calor en sus mejillas mientras se levantaba. Hizo una reverencia y luego tomó su brazo mientras él la escoltaba de vuelta a su asiento.

Cuando pasó junto a su madre, la sonrisa secreta en el rostro de Mamá le dijo que había notado la reacción de Celia hacia el hombre. Todos los demás verían ese momento como prueba de que ella y Thornton se querían, pero Mamá sabía que el emparejamiento no era genuino. Y aparentemente ahora sabía que Celia aún sentía algo por él, como cuando era más joven.

Celia se acomodó de nuevo en su asiento, aliviada de no haberse avergonzado. Un flujo constante de mujeres tomó su turno para cantar y tocar para los demás. No podía bajar la guardia por completo ya que temía que su madre la ofreciera para otra canción, pero Mamá debió darse cuenta de que apenas había escapado de la humillación pública. Si no hubiera sido por la ayuda de Thornton, ese resultado habría sido seguro.

Finalmente, Lady Thornton se puso de pie y agradeció a todos por su participación. Celia no pudo evitar notar la mirada significativa que le lanzó a su hijo antes de anunciar la siguiente parte del entretenimiento de la noche.

CAPÍTULO SEIS

POR SUPUESTO, hubo baile. Las fiestas navideñas de su madre se volvían más elaboradas cada año, y esta era una tradición que había instituido hace dos años.

Él se mantuvo a un lado, charlando con algunos de los hombres, muchos de los cuales querían saber si habría una sala de juegos. Prometió consultarlo con su madre y, si ella no lo había planeado, rectificar él mismo el descuido.

Mientras los invitados deambulaban, la mayoría de las sillas fueron rápidamente retiradas de la sala. Algunas se colocaron en pequeños grupos a lo largo de dos de las paredes para aquellos que quisieran sentarse, y cuando esa tarea se completó, uno de los lacayos más mayores tomó su lugar en el pianoforte. Había desempeñado esta tarea cada año desde que su madre descubrió que el hombre tenía un talento natural para tocar. Tocaría música suave mientras los invitados conversaban entre sí.

Se acercó a su madre y la llevó aparte.

—¿Has preparado la sala de cartas?

Su madre suspiró.

—Por supuesto. No es la primera fiesta que organizo —puso una mano en su brazo—. Pero te quedarás, ¿verdad?

Contra su voluntad, la mirada de Thornton se desvió hacia Gravenhurst, quien estaba mirando a Celia con un ligero ceño fruncido. No tenía particular deseo de bailar, pero se quedaría para mantener al barón a raya.

Asintió antes de reunirse con el otro grupo. Su madre siempre preparaba las mesas en la sala de billar, y les dijo que podían proceder allí.

Se sorprendió de que solo unos pocos hombres se marcharan, optando el resto por quedarse con sus esposas. Solo podía atribuir su comportamiento al sentimentalismo que rodeaba la temporada navideña.

El lacayo había comenzado a tocar una melodía ligera que servía de música de fondo para los invitados agrupados. Sabía que, como en años anteriores, la mayor parte del baile lo harían las parejas casadas y las jóvenes que se lanzaban a bailar entre ellas. Nunca se comportarían de esa manera en Londres, por supuesto, pero aquí en el campo, envalentonadas por los licores que Cook había añadido al wassail, no tendrían reparos en divertirse.

Miró al otro lado de la sala donde Celia estaba de pie con sus tres primas, imaginando que todas se unirían pronto a las festividades.

Frunció el ceño cuando vio a Gravenhurst acercarse al grupo e inclinarse. El hombre no se atrevería a pedirle a Celia que bailara con él...

La mirada de Celia recorrió la sala antes de finalmente posarse en él por un momento. Y en

sus ojos pudo ver una súplica de ayuda. Dado que ahora sabía que las intenciones de este hombre hacia ella estaban lejos de ser honorables, no se sentiría cómoda bailando con él.

Pero cuando volvió a mirar al barón, las comisuras de su boca se elevaron en una sonrisa rígida. Maldita sea. Por supuesto que iba a aceptar. Era demasiado educada para rechazarlo directamente.

Ni siquiera se dio cuenta de que había empezado a moverse, pero cuando Gravenhurst levantó una mano para que Celia la tomara, Thornton ya estaba a su lado.

—Señorita Rowland —dijo con una reverencia—. Espero que no haya olvidado que me prometió este primer baile.

La expresión de Celia se suavizó, su sonrisa ya no era forzada.

—Pensé que tal vez querrías unirte a los hombres que se marcharon para otros entretenimientos.

—¿Y perder la oportunidad de bailar contigo? Jamás.

Ni siquiera miró a Gravenhurst mientras la conducía al centro de la sala, donde ya se estaban formando dos filas de mujeres. Él sería el único hombre en el grupo, pero tenía dos hermanas menores, así que no sería la primera vez que tendría que entretener a un grupo de mujeres por su cuenta.

La música se volvió más animada, y pronto él y Celia se movían a través de las figuras del baile, uniéndose y separándose de nuevo. No había oportunidad de hablar en privado, así que mantuvieron su charla ligera, conscientes de que los otros bailarines podrían captar fragmentos de su conversación.

Apenas podía apartar los ojos de Celia durante todo el baile, hipnotizado por su risa y la alegría que irradiaba. No se dio cuenta de que estaba tan concentrado en ella hasta que una de sus primas —¿Iris?— suspiró ruidosamente y comentó a su hermana que los dos hacían una buena pareja.

Debería haberse molestado por la observación, pero por alguna razón no lo hizo. Y se dio cuenta de que era porque sus sentimientos por esta mujer se estaban volviendo complicados.

Comenzó ese baile pensando solo en protegerla de Gravenhurst, pero cuando llegaron al final, se dio cuenta de que quería pasar más tiempo con ella.

Se movieron a un lado cuando terminó el baile, pero él no se fue. Una mirada a Gravenhurst le dijo que el hombre estaba esperando que Thornton lo hiciera, y no iba a dejar a Celia desprotegida.

Esperaba que sus primas los rodearan, pero vio que estaban tomando sus posiciones para el siguiente baile. Su madre estaba inmersa en una conversación con la de Celia, así que no se unirían a ellos. No es que esperara que la señora Rowland la protegiera de Gravenhurst. Ya había fallado en esa tarea una vez, así que no iba a darle otra oportunidad de hacerlo de nuevo.

Encontraron dos sillas desocupadas y se acomodaron en ellas.

—No sabía que podías cantar —Celia sacudió ligeramente la cabeza—. Estaba totalmente preparada para hacer el ridículo, y luego temí que ambos sufriéramos ese destino juntos.

—Me hieres con tu falta de fe —Thornton apuntaba a una indignación fingida, pero Celia solo se rio de él.

—Difícilmente puedes culparme por pensar eso. Todas esas veces que tus hermanas y yo dimos nuestras pequeñas actuaciones, nunca te uniste a nosotras. ¿Por qué fue eso?

—Mi madre.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado.

—Recuerdo haberla visto intentar persuadirte para que te unieras a nosotras en más de una

ocasión. Creí que te abstenías porque no querías avergonzarte.

Él podía entender por qué ella habría pensado eso.

—Es todo lo contrario, me temo. Mi madre solía exhibirme todo el tiempo cuando era niño, insistiendo en que cantáramos juntos siempre que fuera posible. Especialmente durante sus fiestas de Navidad, que ha estado organizando desde que tengo memoria. Llegué a odiarlo. Luego, cuando mi voz se hizo más grave... —se encogió de hombros—. Le dije que había perdido el talento.

Celia sonrió con simpatía.

—Ojalá mi propia madre pudiera ser disuadida tan fácilmente. Honestamente, no sé en qué estaba pensando. Sabe que odio actuar frente a grandes grupos de personas.

—Quería exhibirte.

Su boca se torció con disgusto. —Estoy segura de que era más bien porque quería alardear sobre nuestro compromiso. Como si no fuera ya el tema de conversación de todos aquí —Sacudió la cabeza—. En cualquier caso, gracias por venir a rescatarme.

—No fue un gran sacrificio —dijo él, dándose cuenta de que lo decía en serio.

—En efecto, nunca me hubiera imaginado que nuestras voces se mezclarían tan perfectamente.

Eso no era todo lo que Thornton quería mezclar.

Se aclaró la garganta y miró hacia otro lado, tratando de domar sus pensamientos rebeldes. Su atracción por Celia era casi embarazosa, pero ella ya no era la joven que solía conocer. Se había convertido en una mujer muy hermosa. Una que aparentemente había tenido muchos pretendientes.

—¿Tus hermanas lo saben?

Sus pensamientos se confundieron por un momento, pero ella no podía estar preguntándole si sabían sobre sus crecientes sentimientos por ella. —¿Disculpa?

—¿Tus hermanas saben que tienes voz de ángel?

Él frunció el ceño ante la idea. —Nunca me habrían dejado en paz si lo supieran, obligándome a unirme a sus pequeñas actuaciones.

Celia sonrió. —Supongo que no lo habrían hecho. Bueno, ahora el secreto está al descubierto. Insistirán en cantar contigo la próxima vez que estén aquí.

—Estoy seguro de que puedo destrozar una canción lo suficientemente bien como para quitarles esa idea para siempre.

Celia se rió. —¿Siempre has sido tan divertido?

Él se llevó una mano al corazón. —Por supuesto. ¿Estás diciendo que no te parecía divertido hace tantos años?

—Siempre —El calor en sus ojos mientras lo miraba le hizo preguntarse qué más solía pensar ella sobre él.

—Creo que mis hermanas tenían una pequeña competencia entre ellas sobre quién podía molestarme más. De hecho, no me sorprendería saber que aún lo hacen.

Celia soltó un pequeño bufido. Su mano voló a su boca, y él se sintió encantado.

—Me alegro de que no te molestara conmigo. Honestamente, tenía el más horrible *tendre* por ti —Con un leve jadeo, se cubrió la boca de nuevo—. No puedo creer que acabo de admitir eso.

Él arqueó una ceja, sorprendido. —¿Cuántas copas de ponche has tomado esta noche?

Ella soltó una risa. —Solo una. Ni siquiera puedo culpar a mi boca indiscreta por un exceso de alcohol.

Su mirada se posó en su boca por un momento. No se había dado cuenta de lo carnoso que

era su labio inferior. Se preguntó cómo sabría si lo tomara entre sus dientes.

Reprimió esos pensamientos de inmediato, pero no pudo evitar hacer la siguiente pregunta. —Así que ya no sientes lo mismo por mí. ¿Tanto he envejecido con los años?

Ella negó con la cabeza y le dio un manotazo en el brazo.

—Por supuesto que no. Pero hace tiempo que dejé atrás las fantasías juveniles.

—Y sin embargo, aquí estamos, comprometidos.

Su recordatorio tuvo el efecto contrario al que esperaba lograr. Celia cerró los ojos como si le hubiera causado dolor.

—Lamento tanto que te veas obligado a pasar por esto.

—Pues yo no —Se puso de pie y le tendió una mano para ayudarla a levantarse. Luego le colocó la mano en su codo—. Estoy seguro de que nadie te reprocharía una segunda copa de ponche. Debemos disfrutarlo mientras podamos.

Ella le sonrió radiante. —Sí, por favor.

CAPÍTULO SIETE

MAMÁ IRRUMPIÓ en el dormitorio de Celia a la mañana siguiente justo cuando la doncella estaba a punto de salir.

La mirada de su madre recorrió su atuendo, un sencillo vestido amarillo de día con pequeñas flores blancas. —Eso servirá —dijo con un gesto de aprobación antes de volverse hacia la doncella—. Mi hija saldrá esta mañana. Por favor, asegúrese de que su capa y guantes estén listos. Necesitará mantenerse abrigada.

La doncella hizo una reverencia y salió de la habitación para cumplir con lo que se le había ordenado.

Celia frunció el ceño. No sabía que Lady Thornton hubiera planeado actividades al aire libre para el día. La finca no tenía un lago, así que no irían a patinar.

—¿A dónde vamos?

Mamá tomó sus manos, instándola a ponerse de pie. —No vamos. Tú y Lord Thornton.

Celia frunció el ceño. —Estoy segura de que estás equivocada.

Mamá dejó escapar un suspiro de sufrimiento. —Su señoría va a visitar a sus arrendatarios hoy, algo sobre repartir gansos para sus cenas de Navidad. Al parecer, lo ha hecho todos los años desde que se dio cuenta de que algunos no tenían nada en Navidad.

Celia no se sorprendió al escuchar eso. Thornton siempre había sido generoso con su familia, así que era lógico que extendiera esa bondad a sus arrendatarios. Aun así, la revelación de su madre elevó aún más al hombre en su estima.

—¿Quién más irá?

—Nadie más. Como su prometida, él pensó que sería prudente presentarte a las familias que viven en su finca.

Dado que su compromiso pronto terminaría, Celia dudaba que eso fuera cierto. —¿Qué hiciste, mamá?

—Está bien —dijo su madre, levantando las manos al aire—. Puede que haya sugerido que sería la oportunidad perfecta. Y como algunos de los otros invitados estaban presentes en ese momento, él no podía negarse.

Celia se estremeció al imaginar su reacción ante las manipulaciones de su madre. —Mamá, deberías haberlo dejado en paz.

—Tonterías. Ahora ven, no hay mucho tiempo para que desayunes rápido antes de que tengas que reunirte con él en el vestíbulo principal.

Celia siguió a su madre fuera de la habitación. Mientras se dirigían al comedor, intentó pensar en una excusa adecuada para no acompañar a Thornton.

Cuando llegaron a su destino, había concluido que no había forma de escapar de la tarea.

Parecería extremadamente egoísta no ir con su supuesto esposo mientras realizaba este encargo tan digno. Aun así, odiaba que se vieran obligados a mentir a aún más personas.

Sus primas ya estaban sentadas y le habían guardado un lugar. Se dirigió al aparador e hizo rápidamente un plato de huevos y tostadas antes de unirse a ellas.

Era obvio para Celia que querían presionarla para obtener detalles sobre su relación con Thornton, pero sus primas no podían ignorar a las personas que las rodeaban, inclinándose un poco demasiado cerca para escuchar a escondidas su conversación.

En su lugar, hicieron charla trivial, principalmente compartiendo sus momentos favoritos de la noche anterior. El principal entre ellos fue el momento en que Thornton sorprendió a todos uniéndose a ella para "Los Doce Días de Navidad". Consciente de los demás que escuchaban, no le importó compartir lo nerviosa que había estado antes de que él acudiera galantemente a su rescate.

Cuando terminó sus huevos, se despidió de sus primas y se dirigió al vestíbulo principal. Thornton ya la estaba esperando.

No pasó por alto la forma en que su mirada la recorrió y no pudo contener el rubor que se deslizó por sus mejillas. —Lamento haberte hecho esperar —dijo cuando llegó a su lado.

—Acabo de llegar yo mismo, así que no hay de qué preocuparse.

El mayordomo tenía su capa colgada en el brazo, y se sorprendió cuando Thornton la tomó del hombre y la ayudó a ponérsela él mismo antes de ponerse la suya. Amelia tomó sus guantes del mayordomo con una sonrisa, luego se puso al paso de Thornton mientras salían de la casa.

El sol brillaba esa mañana, pero un viento fresco la hizo estremecerse.

Thornton frunció el ceño. —¿Estás lo suficientemente abrigada?

Ella asintió. —El viento me tomó por sorpresa, pero me gusta el aire invernal. Es vigorizante.

Caminaron en silencio la corta distancia hasta donde el carruaje los esperaba. Él la ayudó a subir al vehículo antes de subir tras ella. Había paquetes por todas partes, pero se había mantenido un pequeño espacio libre en cada uno de los cojines de los bancos que se enfrentaban.

Celia se acomodó en su asiento y esperó a que Thornton hiciera lo mismo antes de preguntar: —¿Cuántas familias visitaremos?

Él le sonrió. Tenía la impresión de que estaba divertido, pero no podía decir por qué.

—Todas ellas. Este es uno de mis encargos navideños favoritos, pero lamento que te hayan presionado para que me acompañes.

—No es molestia en absoluto —dijo, haciendo lo posible por ignorar la forma en que su buen humor lo hacía aún más atractivo. Sus ojos azules brillaban de emoción—. Pero odio que tengamos que mentir a aún más personas.

—No necesitaremos mentir. No habrá razón para anunciar nuestro compromiso a los arrendatarios.

Se dio cuenta de que tenía razón. Incluso si se preguntaban por su presencia, no se atreverían a preguntar. Contenta con ese pensamiento, se acomodó en los cojines mientras el carruaje se dirigía a la primera casa. Para evitar mirar fijamente a Thornton, se volvió para mirar por la ventana. Él hizo lo mismo, pero no pudo evitar sentir el peso de su mirada varias veces durante el trayecto.

HABÍA PASADO por toda la gama de emociones ese día. Primero, anticipación por su ritual anual de visitar a sus arrendatarios para asegurarse de que todos tuvieran una feliz Navidad.

Luego, molestia por las nuevas maquinaciones de la Sra. Rowland para asegurarse de que tuviera que llevar a Celia con él.

Sin embargo, cuando ella se unió a él, descubrió que disfrutaba de su compañía mientras compartían historias sobre Navidades pasadas. Cayeron en un ritmo fácil, con él presentando a cada uno de sus arrendatarios un gran ganso para su comida festiva. Celia había insistido en llevar la segunda caja para ser entregada, una tarea que el cochero había realizado en años anteriores. Contendría varios dulces para que las familias disfrutaran juntas.

Había estado en lo cierto al decirle a Celia que nadie les preguntaría directamente por qué estaba ella allí, pero su presencia causó más de una ceja levantada y miradas de complicidad.

No podía negar que le atraía la forma en que ella encajaba perfectamente en el papel que su futura vizcondesa desempeñaría algún día. Y cuando alzó a un niño pequeño que tiraba de sus faldas, prestándole toda su atención, se le ocurrió que sería una madre maravillosa. Estaba imaginando cuántos hijos tendrían juntos cuando su ensoñación fue interrumpida por una palmada en el hombro de su arrendatario. El hombre asintió hacia Celia y luego dijo en voz baja:

—Ha conseguido encontrar una buena mujer ahí.

Dejó pasar el comentario, sin confirmar ni negar la suposición del hombre. Pero lo cierto es que había estado pensando exactamente lo mismo.

Celia se volvió hacia él y le sonrió, permitiendo que el niño jugara con uno de sus rizos. Cuando tiró un poco fuerte, ella envolvió sus dedos alrededor de los del pequeño y llevó su mano a su boca, depositando un beso en su palma. La madre del niño se acercó entonces, disculpándose mientras lo tomaba en brazos.

Celia se rio.

—No es el primero ni será el último niño que tire de mi pelo. Por favor, no se preocupe.

Se despidieron entonces, y él la condujo fuera de la casa.

La emoción que dominaba en ese momento era la confusión, porque de repente se dio cuenta de que disfrutaba aún más de esta tarea con ella a su lado. Disfrutaba de *ella*. No era solo que se sintiera atraído por ella, y cómo no iba a estarlo con sus ojos azules, su cabello rubio y su figura exuberante. Incluso le gustaba la forma en que el pequeño lunar en la comisura de su ojo resaltaba cómo se arrugaban sus ojos cuando sonreía. También le gustaba *ella* como persona.

A medida que avanzaba la mañana, se encontró mirándola cada vez más. No se dio cuenta de que lo estaba haciendo hasta que ella se llevó la mano al pelo cuando estaban sentados de nuevo en el carruaje.

—¿Se me ha caído un alfiler? Cielos, debo parecer un desastre espantoso.

—En absoluto —dijo él, avergonzado de que lo hubieran pillado actuando como un joven enamorado—. Solo pensaba que parecías tener un poco de frío.

Era cierto que sus mejillas y nariz estaban teñidas de rojo y su cabello un poco despeinado por el viento, pero eso solo había servido para resaltar su belleza.

Ella dejó escapar un suspiro cuando el carruaje se alejó de la última casa para regresar a la finca.

—Supongo que es hora de volver a todas las especulaciones y el escrutinio.

Como estaba sentada frente a él en el carruaje, podía observarla sin preocuparse de que lo pillaran. Su boca se curvó con diversión.

—Hubo bastantes especulaciones durante nuestras visitas de hoy.

—Sí, lo sé, pero no hubo chismes. Y en su mayoría, todos parecían felices de verme. No buscaban escándalos.

Odiaba el destello de dolor que cruzó su rostro.

—No me di cuenta de que los murmullos te molestaban tanto.

Su boca se abrió por un momento.

—¿Cómo no iban a hacerlo? ¿A ti no te molestan?

—Querida, soy soltero y poseo un título. Los murmullos me han rodeado toda mi vida. Se volvieron particularmente intensos cuando cumplí treinta años —Levantó un hombro en un encogimiento casual—. Te acostumbras.

Sus rizos rubios rebotaron cuando negó con la cabeza.

—No veo cómo. En cualquier caso, las especulaciones pronto desaparecerán. Cuando los invitados se vayan mañana, le diré a Mamá que hemos decidido romper el compromiso.

Sus palabras le dejaron un sabor amargo en la boca.

—¿Lo haremos?

—Está bien, yo —Apartó la mirada—. Yo romperé el compromiso. Tu reputación permanecerá intacta.

—¿Qué hay de tu reputación, Celia?

Ella encontró su mirada.

—Mamá se enfadará, pero ya soy mayor de edad. Papá apartó algo de dinero para mí. Por supuesto, pensó que actuaría como mi dote, pero no fue destinado específicamente para eso.

Él solo pudo mirarla fijamente mientras intentaba descifrar su expresión aparentemente casual. ¿Era esto algo que ella realmente quería, o pensaba que era lo que él quería? Estaba empezando a darse cuenta de que no lo era, pero tenía que averiguar sus verdaderos sentimientos.

Cuando él no respondió, ella volvió a apartar la mirada.

—Si las cosas se vuelven insoportables en casa, puedo encontrar una pequeña cabaña en algún lugar donde nadie sepa quién soy.

Frunció el ceño, odiando la idea de que ella se alejara de él y de todos los que conocía. La dulce y joven Celia se había convertido en una tentación, y no estaría a salvo en el mundo sola. Lejos de él.

—¿Necesitamos romper el compromiso de inmediato?

Ella lo miró fijamente, con los labios apretados, antes de finalmente negar con la cabeza.

—No tendrá sentido continuar con la farsa una vez que todos se hayan ido.

—¿Y si te dijera que creo que estamos siendo demasiado apresurados? Que tal vez quiera continuar con nuestro compromiso.

Sus ojos se abrieron por un momento antes de estrecharse de nuevo mientras intentaba descifrar el verdadero significado detrás de sus palabras.

—No necesitas molestarte en proteger mi reputación.

Estaba tan decidida a corregir el error que su madre les había hecho a ambos que no podía ver lo que realmente estaba sucediendo.

—Me gustaría realizar un pequeño experimento —dijo él.

—¿Qué tipo de experimento? —Sus labios seguían fuertemente apretados. Tendría que ver si podía cambiar eso.

Señaló el lugar junto a ella en el asiento del carruaje, que ahora estaba libre de paquetes. Ella asintió, y él se colocó a su lado. No estaban lejos de la mansión, así que no tendrían mucho tiempo antes de que el carruaje llegara a su destino.

Dejó una distancia respetable entre ellos, pero se posicionó en un ángulo que le permitía seguir observándola mientras hablaban. Se alegró cuando ella lo imitó.

Extendió una mano y esperó. Celia se mordió el labio inferior, una acción que le hizo querer

gemir, antes de colocar su mano enguantada en la de él. Lentamente, dándole tiempo para retirarse, levantó sus manos unidas y depositó un beso en el trozo de piel desnuda de su muñeca. Se detuvo un momento, con los ojos fijos en los de ella.

Una descarga de anticipación lo recorrió ante el contacto, pero se contuvo. Después de todo, esto se trataba de descubrir los verdaderos sentimientos de Celia. Esa anticipación se intensificó en su vientre cuando vio la forma en que los ojos de ella se agrandaron ante el contacto, su respiración acelerándose.

—¿Te estoy incomodando?

Ella guardó silencio por un momento, y él temió lo peor. Estaba a punto de soltar su mano cuando ella negó con la cabeza.

—No.

—¿Entonces no te importa cuando sostengo tu mano así? ¿Cuando beso tu muñeca?

Repitió el movimiento, y esta vez su expresión ligeramente aturdida fue su recompensa.

—No.

Su agarre se apretó en la mano de ella. —Me gustaría besarte, Celia. ¿Puedo?

Su asentimiento fue inmediato.

Él se acercó más, deteniéndose cuando sus rostros estaban a solo centímetros de distancia. —¿Estás segura de que no te importa?

—Thornton...

El tono suplicante en su voz le indicó claramente que ella deseaba esto tanto como él. Cerró la distancia entre ellos, complacido cuando ella lo encontró a medio camino.

Tenía la intención de mantener el beso ligero, sin querer asustarla. Pero entonces ella emitió un suave sonido de placer, y todas sus buenas intenciones se esfumaron.

Las únicas partes de ellos que se tocaban eran sus manos y labios, pero él profundizó el beso. Cuando su lengua tocó el labio inferior de ella, Celia suspiró y abrió la boca para aceptarlo.

Su piel estaba ardiendo, su necesidad por esta mujer creciendo con cada segundo que pasaba mientras sus bocas se movían juntas como si lo hubieran hecho mil veces antes. Ella se inclinó más cerca, y su otra mano fue a su hombro, pero aun así él resistió la abrumadora necesidad de atraerla hacia sí.

La repentina sacudida del carruaje al detenerse puso fin a su beso. Él se apartó, al igual que ella. Sus miradas se encontraron durante varios largos momentos. Aún sostenía una de sus manos, y la otra mano de ella descansaba en su hombro.

—Celia...

El ruido del picaporte del carruaje hizo que la soltara y se alejara para preservar el recato de Celia.

Los ojos de ella examinaron los suyos, y él temió que estuviera a punto de agarrarla de nuevo, al diablo con el recato. Para evitar que eso sucediera, bajó primero del carruaje y luego se volvió para ayudarla a descender.

Sus dedos se apretaron sobre los de ella para llamar su atención, pero ella se negó a encontrar su mirada de nuevo. El rubor teñía sus mejillas, pero esta vez él no creía que fuera causado por el aire fresco.

Colocó la mano de ella en el hueco de su codo y la condujo de vuelta a la casa. Cuando estaban a unos pasos del lacayo que había abierto la puerta del carruaje, se inclinó cerca y susurró: —Diría que ese experimento fue un éxito.

Ella no respondió, pero el escalofrío que la recorrió fue toda la confirmación que él necesitaba de que ella estaba de acuerdo.

CAPÍTULO OCHO

FALTABAN DOS DÍAS PARA NAVIDAD, lo que significaba que los invitados de su madre se irían hoy. Todos excepto Celia y su madre, quienes habían sido invitadas a pasar la Navidad con ellos. Las primas de Celia se irían con uno de los otros invitados, una pareja mayor que se había ofrecido a llevarlas a casa sanas y salvas.

Celia lo había evitado durante el resto del día después de que él la besara, pero no podría hacerlo una vez que todos se fueran.

Parecía que toda la casa se había despertado temprano y estaba en el comedor esa mañana. Además de disfrutar del gran despliegue de comida que los sirvientes habían preparado, muchos deambulaban por la habitación, aprovechando la última oportunidad para conversar antes de partir.

Su madre se sentaba en un extremo de la larga mesa y él en el otro. Y aunque tuvo la oportunidad de hablar con la mayoría de los presentes, era muy consciente de que Celia aún lo evitaba.

Ella había llegado tarde esa mañana y le había dedicado una rápida sonrisa antes de unirse a sus primas. Había notado cómo la mayor de las tres —¿Lily?— miraba en su dirección varias veces durante la conversación, lo que significaba que quería hablar sobre su relación. Pero sus suspiros frustrados le indicaban que Celia estaba cambiando de tema.

No se arrepentía de haberla besado ayer. Su sorpresa había sido genuina, pero se había entusiasmado rápidamente y lo había disfrutado tanto como él.

No, no se arrepentía porque le había dicho exactamente lo que necesitaba saber. Celia Rowland se sentía atraída por él. Le gustaba, y sabía que ella lo encontraba atractivo —cada noche lo atormentaban los pensamientos de cómo lo había mirado cuando dejó brevemente la cama que compartieron y las imaginaciones de lo que podría haber sucedido si no los hubieran interrumpido. Solo esperaba haber tenido éxito en convencerla de esperar antes de romper su compromiso.

Gravenhurst fue el primero en despedirse de todos en la habitación. Thornton lo siguió fuera de la sala, esperando hasta que estuvieron casi al final del pasillo antes de llamar al hombre.

Gravenhurst se volvió y lo miró con furia. —¿Vienes a regodearte más?

La molestia en la voz del hombre encendió la ira de Thornton. Había esperado que esta fuera una discusión civilizada, pero estaba claro que no sería así.

Thornton entrecerró los ojos y los fijó en este hombre que había pensado en robarse a Celia. —Si escucho aunque sea un rumor sobre la señorita Rowland, sabré que vino de ti.

Gravenhurst se burló. —¿Qué podrías hacer al respecto?

Thornton se acercó. —No te equivoques, lo lamentarás. Puede que hayas tenido amigos

alguna vez, pero tus mayores aliados te han dado la espalda. Puedo convertirte en un paria.

Gravenhurst apretó la mandíbula. Thornton podía ver que el hombre quería discutir pero no podía. Su tiempo de hacer lo que quisiera había quedado en el pasado. Nadie tomaría el lado de Gravenhurst en una batalla entre los dos.

El hombre asintió rígidamente y se dio la vuelta. Thornton lo vio marcharse. Le tomó casi un minuto completo que su ira se enfriara lo suficiente como para siquiera pensar en regresar con los otros invitados.

Antes de que llegara al comedor, las primas de Celia salieron, seguidas por la pareja que iba a llevarlas a casa. Las tres hicieron una reverencia y luego pasaron apresuradamente junto a él, dejando risitas a su paso. Thornton hizo una reverencia a la pareja mayor y se volvió para verlas partir, preguntándose qué era lo que a las primas de Celia les había causado tanta gracia sobre él.

Cuando entró en la habitación, la mayoría de los invitados se habían puesto de pie y estaban en proceso de despedirse unos de otros. Se movió para pararse junto a su madre, quien estaba de pie a un lado de la entrada. Juntos, agradecieron a los invitados por venir y les desearon un viaje seguro y una feliz Navidad con sus familias.

Thornton seguía mirando de reojo a Celia, quien ahora estaba sentada junto a su madre. Deseaba que ella levantara la mirada hacia él, pero ella mantenía la vista desviada. Eso le molestaba más de lo que admitiría porque no podía saber lo que ella estaba pensando.

Necesitaba convencerla de que no rompiera su compromiso, aunque no podía decir por qué lo deseaba tanto. Ella se había convertido en una hermosa joven y había tenido edad para casarse durante algún tiempo. La diferencia de edad entre ellos ya no era insuperable, y no podía mirarla sin querer tomarla en sus brazos.

Ella seguía siendo dulce, por supuesto, pero también tenía una determinación que él admiraba. Y su honor estaba fuera de toda duda.

Su compromiso se había originado a partir de un giro desafortunado de los acontecimientos, pero ya no podía verlo de esa manera. Porque se dio cuenta de que el malentendido que los había llevado a compartir una cama, aunque fuera brevemente, bien podría ser lo mejor que le había pasado. Que jamás le pasaría.

Cielos, estaba enamorado de Celia Rowland.

Cuando el último invitado salió de la habitación, se dirigió al lado de Celia. Cuando ella levantó la mirada hacia él, pareció sorprendida de verlo allí. Él buscó en su mirada pero no pudo descifrar lo que ella estaba pensando.

—Hablaremos cuando todos los invitados se hayan ido —dijo.

Celia respondió con un asentimiento antes de desviar la mirada nuevamente. Esa simple acción le dijo que ella aún planeaba romper su compromiso. Quería llevársela ahora, pero tenía que hacer acto de presencia en el vestíbulo para despedir a los invitados.

Como si fuera una señal, un lacayo apareció a su derecha. —Lady Thornton lo está esperando, milord.

Él asintió al hombre y se dio la vuelta para irse. No pasó por alto la satisfacción en el rostro de la señora Rowland mientras pasaba junto a ella. Era evidente que no tenía idea de lo que su hija pretendía hacer. Solo esperaba poder convencerla de lo contrario.

CELIA VIO PARTIR a Thornton con el corazón apesadumbrado. No había señal del hombre despreocupado que había visto el día anterior cuando visitaban a sus arrendatarios. En cambio,

había estado muy serio.

Él la confundía. Había estado bajo la suposición de que él quería que su compromiso forzado terminara. Luego la había besado, y ella se había permitido creer que podría haber algo más entre ellos. Pero él no había dicho nada al respecto, y justo ahora no había mostrado ninguna indicación de que quisiera cortejarla en serio.

Tomó una profunda respiración para calmar sus nervios por lo que estaba por venir. No podía permitir que el sentimentalismo la influenciara, y no forzaría la mano del hombre.

Después de que rompiera su compromiso, ella y Mamá se irían. No podía decir cuándo lo volvería a ver. Ahora que sus hermanas estaban casadas y vivían en el norte de Inglaterra, no tendría excusa para visitar de nuevo. Y definitivamente no asistiría a otra de las fiestas navideñas de su madre.

Mamá se acercó a su izquierda y entrelazó su brazo con el de Celia.

Celia permitió que la guiara fuera de la habitación para que los lacayos pudieran recoger los restos del desayuno. Pero cuando su madre comenzó a girar hacia el vestíbulo, claramente con la intención de unirse a Thornton y a su madre para despedir a los demás, Celia tiró de su brazo para llevarla en la dirección opuesta.

Mamá ladeó la cabeza en señal de interrogación.

—Deberíamos hablar en privado antes de que los demás regresen.

Mamá lo consideró durante unos segundos antes de asentir con la cabeza. —Por supuesto, querida.

Dejando escapar un suspiro de alivio, Celia la condujo a la biblioteca, donde estarían lo suficientemente lejos del vestíbulo principal y todo el ajetreo de los invitados que se marchaban. Nadie escucharía su conversación.

Tenía que elegir sus palabras cuidadosamente. Su madre no podía adivinar que tenía la intención de terminar su compromiso fingido con el vizconde antes de que el último invitado se hubiera marchado, cuando sería demasiado tarde para que su madre dejara escapar el secreto de que ella y Thornton habían sido sorprendidos juntos en su alcoba. Algunos de los invitados se preguntaban si eso había sucedido, pero no lo sabían con certeza. Celia tenía la intención de mantenerlo así.

Pero necesitaba aclarar las cosas con su madre. Su corazón ya se estaba rompiendo ante la idea de tener que terminar el compromiso. Las intrigas de su madre para tratar de forzarla a un matrimonio eran una traición que nunca había esperado.

Cerró la puerta detrás de ellas y se volvió para enfrentar a su madre.

—¿Qué sucede, querida? —La frente de su madre estaba arrugada en lo que parecía ser una preocupación genuina. Pero después de enterarse de lo que Mamá había planeado con Lord Gravenhurst, Celia no estaba segura de conocer a esta mujer en absoluto.

—Lord Thornton me contó lo que pasó.

Esperaba ver culpa, no confusión en el rostro de su madre. —¿No sabemos ya lo que pasó?

—Puedes dejar de fingir, Mamá. Él me dijo que habías planeado que Lord Gravenhurst me comprometiera para obligarme a casarme con él.

Celia lo vio entonces, el destello de culpa. Luego su madre abandonó toda pretensión y se acomodó en uno de los sillones colocados frente a un fuego crepitante.

—¿Qué crees que sabes?

Celia se desplomó en el sillón frente a su madre. Una parte de ella se había aferrado a la esperanza de que todo hubiera sido un malentendido, pero ahora parecía que todo era cierto.

—¿Estabas realmente tan desesperada por que me casara que tú... —Tuvo que tomar un

respiro profundo antes de poder continuar—. Arreglaste con Lord Gravenhurst para que me comprometiera?

Su madre negó con la cabeza. —No, no fue así...

—Lady Thornton te escuchó. Esa fue la razón por la que me sacó de mi habitación y me hizo dormir en la habitación de Thornton.

—¿Ella te dijo eso?

Celia quería reírse de la indignación de su madre, pero su decepción era demasiado grande. La traición de su madre, demasiado. —Por supuesto que no. Imagino que quería protegerme de la verdad de que tú llegarías a tales extremos para forzarme a una unión que yo no quería. Le contó a su hijo lo que pasó, y él, a su vez, me lo dijo a mí. Para advertirme que necesitaba tener cuidado en el futuro.

Su madre se inclinó hacia adelante. —No tenía la intención de permitir que eso sucediera. Sí tuve esa conversación con él...

Celia abrió la boca para interrumpir, pero su madre la cortó.

—No, déjame terminar. Por favor.

Celia no dijo nada y su madre continuó.

—Yo sabía de tus sentimientos por el vizconde.

El calor inundó las mejillas de Celia. —Te refieres a mi infatuación juvenil con él. Superé esas fantasías hace años.

La sonrisa de su madre era triste. —No, no lo hiciste. Querías creer que lo habías hecho, pero yo podía ver la verdad en tu rostro cada vez que lo mencionaba. Cuando mencioné la invitación a esta fiesta, estabas emocionada por asistir.

—La fiesta, Madre, no por el vizconde. ¿Y qué tiene que ver eso con que tú arreglaras que Lord Gravenhurst me comprometiera?

Mamá hizo una mueca. —Nunca debí haber tenido esa conversación con él. Pero debes saber que nunca tuve la intención de permitirle llevarlo a cabo.

Celia se puso de pie y se alejó mientras su decepción se convertía en ira. Tuvo que respirar profundamente varias veces antes de volverse para enfrentar a su madre de nuevo.

—Necesito que me digas exactamente qué pensabas que iba a pasar. Me consideraba afortunada de tener una madre que no sentía la necesidad de obligarme a aceptar una propuesta de matrimonio que no quería. Pero esto... —Negó con la cabeza—. Estoy profundamente decepcionada de descubrir que estaba equivocada.

Claramente alarmada, Mamá se puso de pie de un salto y cerró la distancia entre ellas. Cuando intentó tomar sus manos, Celia retrocedió.

Su madre se abrazó a sí misma. —Me aseguré de tener esa conversación con el barón para que Lady Thornton la escuchara. Luego monté guardia en el pasillo cerca de tu habitación para asegurarme de que no sucediera. Estaba convencida de que ella iba a confrontarme al respecto. Quería convencerla de que trabajara conmigo para tratar de hacer un emparejamiento entre tú y su hijo.

Celia negó con la cabeza con incredulidad. Esto sonaba más como algo que su madre haría, pero ¿involucrar a un tercero? —¿En qué estabas pensando, Mamá? Esto podría haber salido terriblemente mal. ¿Y si Lord Gravenhurst hubiera tenido éxito?

—No... no. Eso nunca habría sucedido. Si él no me hubiera escuchado y se hubiera marchado, yo habría armado un escándalo antes de que siquiera se acercara a tu habitación. Se habría visto obligado a irse en desgracia.

—Pero en su lugar, Lady Thornton me sacó de allí.

—Sí.

—Y cuando Thornton llegó a casa, no tuviste ninguna dificultad en permitirle entrar en la misma habitación en la que yo estaba durmiendo.

Los hombros de su madre se hundieron. —Solo estaba pensando en lo mucho que tú te preocupabas por él. Y sé que fue un buen hermano para Emily y Julia. Pensé que sería el marido perfecto y que todos serían felices.

—Jugaste con nuestras vidas, y ahora Thornton y yo tenemos que pagar por ello.

—Pero...

—No, Mamá. No importa lo que pase ahora, debes prometerme que no interferirás.

Pudo ver el momento en que su madre se dio cuenta de lo que Celia planeaba hacer. Y también pudo ver su lucha con el deseo de asegurarse de que el matrimonio siguiera adelante.

—Nunca te perdonaré si dices algo sobre lo que pasó.

La boca de Mamá tembló, luego tomó un respiro profundo y asintió.

—¿No interferirás más? ¿No le dirás a nadie que Thornton me ha comprometido, sin importar lo que pase?

—Pensé que mis acciones resultarían en tu felicidad. Claramente me equivoqué. No haré ni diré nada.

Celia asintió y pasó junto a su madre. Mamá intentó alcanzarla, pero Celia no estaba lista para perdonarla. Debido a las acciones de su madre, había llegado a darse cuenta de que su fascinación por Thornton era, de hecho, amor. Y tendría que dejarlo libre.

CAPÍTULO NUEVE

EL ÚLTIMO INVITADO FINALMENTE se había marchado. Thornton permaneció en la entrada el tiempo suficiente para ver cómo el carruaje comenzaba a avanzar por el camino antes de ir a buscar a Celia. Necesitaba hablar con ella lo antes posible.

Percibiendo su estado de ánimo, su madre no intentó detenerlo.

Cuando buscó en el comedor, un lacayo le dijo que había ido a la biblioteca con su madre.

Al entrar en la biblioteca y ver a la señora Rowland sentada en un sillón con la cabeza entre las manos, temió haber llegado demasiado tarde. No pudo preguntarle qué la había alterado, así que permaneció allí varios momentos, temiendo lo peor.

Su madre debió haberlo seguido porque también entró en la biblioteca. Echó un vistazo a la madre de Celia y preguntó si algo andaba mal.

La señora Rowland negó con la cabeza y luego hizo una mueca.

—Celia está enfadada conmigo. Dado cómo me he comportado, no puedo culparla.

Él no deseaba otra cosa que reprender a la mujer, pero no era su lugar. Y por la devastación en el rostro de la mujer, estaba claro que Celia ya había dicho todo.

—Necesito hablar con ella —dijo Thornton.

La señora Rowland negó con la cabeza.

—Me dejó aquí hace un rato. Imagino que ha vuelto a su habitación.

Él comenzó a girarse, con la única intención de encontrarla, pero su madre le puso una mano en el brazo para detenerlo.

—Puedo pedirle a una de las doncellas que vaya a buscarla.

—No es necesario. Estoy aquí.

Thornton se giró para verla de pie en la entrada. Tomó aire profundamente mientras entraba en la habitación, y Thornton se preparó para lo que venía. Intentó encontrar su mirada, para hacerle saber que necesitaban hablar antes de que siguiera adelante con este curso de acción, pero ella mantuvo la mirada fija en el suelo.

—Celia...

Ella negó con la cabeza y clavó los ojos en su madre, que se había levantado al verla entrar.

—Su señoría y yo hemos hablado, y hemos llegado a un acuerdo. Hemos decidido que nuestro compromiso...

—Debería extenderse por un período de tiempo.

Celia se volvió para mirarlo, con los ojos muy abiertos.

—Pero...

Él mantuvo los ojos fijos en los de ella.

—Si nos apresuramos y nos casamos antes del comienzo del nuevo año, las lenguas se

moverán en serio. Me gustaría salvar a tu hija incluso de un atisbo de chisme.

Celia negó con la cabeza, los rizos rubios que enmarcaban su rostro rebotando con el movimiento enérgico.

—Eso no es lo que acordamos.

—Deberíamos dejarlos hablar —dijo su madre. Ni siquiera se giró en su dirección mientras ella y la madre de Celia salían. Podía oír sus pasos y voces murmurantes desapareciendo por el pasillo.

Celia lo miró fijamente durante varios segundos antes de hablar.

—Pensé que habíamos decidido que sería mejor si yo rompía el compromiso después de que todos se fueran.

—¿Lo hicimos?

Ella dejó escapar un suspiro tembloroso.

—Sí, lo hicimos. Si te preocupa mi reputación, nadie necesita saber que el compromiso ha terminado de inmediato. Pero tenemos que aclarar las cosas tanto con mi madre como con la tuya.

La duda le hizo reconsiderar sus interacciones. ¿Y si se había equivocado acerca de que Celia correspondía sus sentimientos? No era el primer hombre que quería casarse con ella. Quizás no sería el último.

—¿La idea de casarte conmigo te resulta tan aborrecible?

Sus ojos se agrandaron.

—No, por supuesto que no. Sería un honor ser tu esposa.

Él dio un paso más cerca.

—¿Solo un honor? ¿Nada más?

Ella apartó la mirada.

—¿Celia?

Ella dejó escapar un suspiro y volvió a encontrar su mirada.

—He llegado a... apreciarte. Eres un buen hombre y no mereces que te obliguen a un matrimonio que no deseas.

Podía sentir cómo las dudas se disipaban con cada palabra que ella pronunciaba.

—¿Y qué hay de lo que tú quieres? ¿Deseas este matrimonio?

Ella bajó la mirada hacia sus manos, que agarraba en su cintura.

—No importa lo que yo quiera. Estamos en esta situación por las maquinaciones de mi madre. No deberías tener que sufrir por ello.

Él solo pudo negar con la cabeza, incrédulo.

—¿Y si no quiero que termines las cosas?

Ella suspiró de nuevo.

—Debo ser yo quien termine las cosas para que puedas seguir adelante sin que nadie cuestione tu honor.

Él dio otro paso más cerca. Ella todavía no podía ver lo que él estaba diciendo.

—Creo que deberíamos casarnos. —Colocó una mano sobre las de ella, haciendo que dejara de juguetear—. *Quiero* casarme contigo, Celia. A menos, por supuesto, que haya alguien más...

Sus cejas se fruncieron y ella lo miró fijamente. Él empezó a preocuparse de que el corazón de la dulce Celia ya estuviera comprometido en otro lugar.

—No —dijo ella cuando finalmente habló—. No hay nadie más.

—¿Y no encuentras objetable la idea de casarte conmigo?

Ella negó con la cabeza, una mirada de asombro asomando a su rostro.

—Solo una tonta objetaría casarse contigo.

—Bueno, entonces Celia Rowland, ya que no eres tonta, te pido que por favor me hagas el honor de convertirte en mi esposa.

Su boca se abrió de par en par y luego se cerró de golpe.

—Pero mi madre... debes odiarla.

Él se encogió de hombros.

—No me cae especialmente bien, no. Y cuestiono su falta de juicio en la forma en que intentaba encontrarte un marido. Pero mis sentimientos hacia ella son irrelevantes. Es contigo con quien deseo casarme, no con tu madre.

Ella lo examinó, su mirada fija en la suya, y él supo que estaba buscando cualquier señal de que pudiera estar mintiéndole. No encontraría ninguna.

—¿Estás seguro?

Él sonrió.

—Parece que vamos a conseguir nuestros deseos más queridos para Navidad este año.

Ella ladeó la cabeza.

—Me resulta difícil creer que desearas una esposa.

Él se encogió de hombros.

—Siempre iba a suceder, pero no tan pronto. Entonces me encontré con cierto bulto en mi cama y me encontré deseando verla allí de nuevo y todas las noches después de esa.

Celia se rio, y el sonido encendió la alegría dentro de él porque significaba que iba a aceptarlo.

—Podrías tener a cualquier mujer de Inglaterra.

—Eso podría ser una ligera exageración, pero no importa. Te quiero a ti. Y si debo hacerlo, te comprometeré de nuevo.

Cuando abrió los brazos, ella se movió hacia ellos y levantó la cabeza para un beso.

—Por todos los medios, mi señor.

Él tomó su boca con una risa, pero toda diversión se desvaneció cuando ella suspiró y presionó su cuerpo contra el suyo.

Por fin tenía a Celia Rowland exactamente donde quería. Lo último que deseaba era dejarla ir, pero el sonido de las voces que aumentaban en volumen le indicó que sus madres estaban regresando.

La soltó con gran renuencia, pero colocó la mano de ella en su brazo. Ambos sonreían cuando sus madres volvieron.

—¿Quizás una boda en primavera? —miró a Celia.

—La primavera suena maravillosa —dijo ella, radiante, mirándolo.

CAPÍTULO DIEZ

LA PRIMAVERA SONABA MARAVILLOSA, pero también parecía tan lejana. Ella y su madre pasarían la Navidad con los Thornton antes de regresar a sus hogares. A partir de ese momento, solo vería al vizconde cuando este la visitara.

Después del ajetreo de los últimos días, era agradable pasar un día tranquilo juntos. También era frustrante porque Mamá y Lady Thornton parecían hacer todo lo posible para asegurarse de que ella y Thornton no estuvieran a solas.

Todavía estaba enojada con su madre, pero la perdonaría con el tiempo. Después de todo, todo había salido más allá de sus expectativas más descabelladas.

Después de la cena, se dirigieron al salón. Mamá y la señora Rowland se sentaron a un lado, y fragmentos de su conversación llegaban a los oídos de Celia. Estaban discutiendo la necesidad de leer las amonestaciones y cuándo deberían celebrar la boda.

Thornton, que estaba sentado a su lado en el sofá, solo pudo negar con la cabeza. —Parecen estar más emocionadas que nosotros.

Ella negó con la cabeza. —Eso no es posible.

Él le sonrió, y ella tuvo que luchar contra el impulso de desmayarse.

—Casi no vengo a la fiesta de mi madre este año y lo pospuse todo lo posible. No estaba de humor para todos los cantos y festividades. Y después de nuestro primer encuentro... bueno, no estaba de muy buen humor esa noche.

Ella hizo una mueca. —Al menos ahora estamos libres de las miradas indiscretas de las personas que querían diseccionar nuestra relación.

—En efecto —dijo Thornton—. Debo decir que mis hermanas estarán tristes por no haber estado aquí.

—¿Hubo alguna razón por la que no vinieron? Estaba deseando verlas.

—Al parecer, quedaron atrapadas por la nieve. Espero que puedan llegar para el año nuevo. Madre estará triste si no las ve en toda la temporada.

Celia miró hacia donde Lady Thornton reía con su madre. —No me parece que esté triste.

Él se rio. —No, supongo que no. Pero eso cambiará pronto cuando tú y tu madre se hayan ido a casa. —Se volvió hacia ella, su mirada suavizándose—. Al igual que yo. Originalmente había planeado regresar a Londres después del año nuevo, aunque no estoy seguro de por qué. La mayoría de mis amigos han regresado a sus propios hogares, y la ciudad tiene poco que ofrecer en cuanto a entretenimiento últimamente. Surrey parece tener mucho más interés para mí este año.

Por la diversión que iluminaba los ojos de Thornton, era posible que ella se hubiera desmayado un poco. Otros le habían hecho cumplidos similares, pero solo este hombre podía

obtener tal reacción de ella.

Un toque de melancolía tocó su corazón al recordar que su tiempo juntos, en el futuro cercano, pronto llegaría a su fin. —Si cambias de opinión después de que me vaya, debes decírmelo. Aún podemos romper el compromiso. Y cuando llegue la primavera y comience la temporada, estoy segura de que habrá chismes mucho más interesantes para entretener a la gente.

Él frunció el ceño, pero su voz era ligera cuando dijo: —¿Voy a tener que comprometerte de verdad para evitar que intentes escapar?

Debía haber bebido demasiado ponche esa noche. ¿Por qué otra razón se habría inclinado hacia él y dicho, con voz tan baja como la de él: —Tal vez deberías.

Cuando se dio cuenta de lo que acababa de proponer, el calor se apoderó de su rostro. Pero en lugar de escandalizarse, la mirada de Thornton se clavó en la suya y pareció calentarse. —Tal vez debería.

Necesitaba alejarse de este hombre antes de decir o hacer algo que la avergonzara aún más. Estaba usando cada onza de su fuerza de voluntad para no cerrar el pequeño espacio entre ellos y besarlo. Si sus madres no estuvieran en la habitación, podría haberlo hecho.

Una rápida mirada en dirección a sus padres le aseguró que no habían escuchado su conversación. Con un suave suspiro, se puso de pie. Thornton la imitó, y todos los ojos se volvieron hacia ella.

—Creo que me retiraré por la noche.

—¿Estás bien, querida? —preguntó Lady Thornton.

Se apresuró a tranquilizarla. —Creo que las noches tardías de los últimos días finalmente me han alcanzado.

Se giró para hacer una reverencia a Thornton. Era casi imposible creer que este hombre pronto sería su esposo.

Él tomó una de sus manos y depositó un beso en su muñeca, sus labios cálidos descansando momentáneamente en la piel expuesta sobre su guante, su mirada fija en la de ella. —Buenas noches, Celia.

Desconcertada, hizo una reverencia y prácticamente huyó de la habitación, reprendiéndose todo el camino de vuelta a su dormitorio. Mientras su conversación se reproducía en su mente, no pudo contener un gemido de vergüenza.

Lo había invitado a comprometerla. ¿Qué había pasado con su sentido común? Peor aún, ¿y si Thornton pensaba que era una libertina?

Se revolvió durante un tiempo, incapaz de disipar sus preocupaciones, antes de finalmente quedarse dormida.

TENÍA QUE ESTAR SOÑANDO. ¿Por qué otra razón estaría Thornton en su dormitorio, sentado en el borde de su cama?

Se incorporó hasta quedar sentada y lo miró fijamente durante varios segundos antes de finalmente encontrar su voz. —Esto es un sueño.

Thornton se inclinó más cerca y colocó una mano en su mejilla. Su pulgar acarició su labio inferior. —No es un sueño —dijo suavemente.

El escalofrío que recorrió su cuerpo dio crédito a sus palabras.

Lo miró fijamente. —Has venido. Nunca imaginé que lo harías.

—Después de esa invitación, sería un tonto si me quedara lejos. Pero no procederé a menos

que me digas que quieres esto tanto como yo. Podemos esperar hasta que estemos casados para ir más allá.

No tenía idea qué instinto la llevó a tomar su pulgar en su boca, pero la forma en que su mirada se oscureció mientras ella chupaba su pulgar le dijo que no le importaba. Él retiró su mano después de varios segundos.

—Estoy a un pelo de perder el control. Debes darme las palabras... no quiero presumir.

—Por favor, quédate —Hace dos días nunca se habría imaginado pronunciando esas palabras, pero en ese tiempo se había dado cuenta de cuánto le importaba este hombre. Quería darle todo.

Él tomó aire temblorosamente.

—¿Sabes lo que estoy proponiendo?

Ella asintió.

—Que hagamos el amor. Y sí, me gustaría mucho que continuaras.

La presión de su boca sobre la de ella fue su respuesta, y una emoción de expectación la recorrió.

Pero entonces la besó como lo había hecho en el carruaje, deslizando su lengua en su boca para profundizar el beso. Siempre se había sentido ligeramente incómoda con la idea de que los hombres besaran de esta manera cuando las hermanas de Thornton la habían molestado sobre lo delicioso que era después de casarse. No les había creído, pero se había equivocado mucho al dudar de ellas.

La forma en que la lengua de Thornton se deslizaba contra la suya era más pecaminosa de lo que podría haber imaginado, y gimió de una manera que debería haberla sorprendido.

Él se apartó y la miró desde arriba, con los ojos oscuros, reflejando la necesidad que ella podía sentir creciendo dentro de ella.

—Si no quieres que yo...

Ella arrastró su boca hacia la suya antes de que pudiera continuar, temerosa de que desapareciera tan rápido como había aparecido.

—No te atrevas a parar —dijo contra sus labios antes de deslizar su propia lengua por su labio inferior.

Con un gemido, él correspondió, y pasaron varios minutos largos y deliciosos besándose.

Ella dejó escapar un pequeño grito cuando él la colocó de espaldas, pero él ahogó el sonido antes de apartarse para mirarla desde donde se cernía sobre ella.

—Esta es tu última oportunidad para pedirme que me detenga.

Ella negó con la cabeza.

—Ravíshame, mi señor.

Una esquina de su boca se curvó hacia arriba en una sonrisa perversa.

—No tienes idea de cuánto he deseado esto —dijo, dejando caer un beso en su mejilla antes de moverse para besar el lado de su garganta.

Oh, ella tenía una idea porque lo había deseado tanto como él. Lo deseaba a él. Pero nunca se había permitido soñar que fuera posible. Ahora podía reconocer que la razón por la que nunca había podido decidirse por uno de los muchos hombres que su madre había desfilado ante ella era porque ninguno de ellos podía compararse con la fantasía de este hombre.

Pero él no era un sueño. Esto era muy real.

Se arqueó bajo su toque cuando él le acarició uno de sus senos.

—Definitivamente has crecido, Celia —Dejó caer besos a lo largo del corpiño de su camisón y luego le dio un tirón brusco al material. Ella había odiado lo grandes que se habían vuelto sus

senos. Odiaba cómo los hombres parecían fijarse en esa parte de ella. Pero ahora, mientras estaban al descubierto ante la ardiente mirada de Thornton, se encontró disgustándolos un poco menos.

Y cuando él tomó uno de sus pezones en su boca, un placer blanco y ardiente la atravesó. Las palabras le fallaron mientras él se tomaba su tiempo prodigando besos sobre sus senos. Hizo un suave sonido de decepción cuando él se levantó y ella luchó por apoyarse sobre sus codos.

—No te vayas.

—No tengo intención de irme. Pero primero... —Se dirigió a la puerta y le echó el cerrojo.

La sorpresa se apoderó de ella al darse cuenta de que cualquiera podría haber entrado. Trató de no imaginarse a su madre abriendo la puerta de golpe mientras Thornton le besaba los senos, incapaz de contener una punzada de vergüenza por su comportamiento desenfrenado. Gracias al cielo al menos uno de ellos seguía pensando.

Él atascó la silla de su tocador bajo el pomo de la puerta para mayor seguridad, y ella ahogó una risita. Aparentemente el vizconde se estaba imaginando el mismo escenario que ella.

Cuando se volvió para mirarla, sus cejas estaban fruncidas en un ceño. Ella se dio cuenta de que se había cubierto con la sábana de la cama y soltó su agarre sobre la tela, permitiendo que se deslizara hasta su cintura.

—Mucho mejor —dijo él.

El calor en su mirada hizo mucho para aliviar su vergüenza. Lo que la hizo desaparecer por completo fue verlo comenzar a desvestirse.

Con cada prenda, su anticipación crecía. Ya había visto su pecho desnudo aquella primera noche. Esta vez, no apartó la mirada mientras él observaba su reacción cuando finalmente se quitó la camisa por la cabeza.

Más que nada, no podía esperar para tocarlo. No, esto no era un sueño porque su imaginación no era tan buena.

Su respiración se entrecortó cuando las manos de él se movieron hacia la bragueta de sus pantalones. Se detuvo, con una ceja levantada en interrogación. Le estaba preguntando si debía detenerse. Como respuesta, ella tomó un profundo respiro, se puso de pie y permitió que su camisón cayera en un charco alrededor de sus pies.

Sus movimientos se aceleraron entonces, como si no pudiera esperar para finalmente deshacerse de la última de sus ropas.

Cuando él se quedó completamente desnudo frente a ella, no pudo evitar que el calor subiera a sus mejillas. Estaba duro, su erección alzándose lejos de él. Había oído hablar de esto también, pero se encontró dudando, insegura de qué hacer ahora.

Quería tocarlo por todas partes pero no sabía si debía. No pudo evitar pensar que tal vez debería volver a la cama y fingir que no estaba experimentando las emociones pecaminosas que parecían haberse apoderado de ella.

No se dio cuenta de que había cerrado los ojos —todavía podía verlo claramente en su mente — hasta que sintió su dedo bajo su barbilla, levantando su rostro para encontrarse con el suyo.

Abrió los ojos y su mirada se clavó en la de ella.

—¿En qué estás pensando?

Quería evadir, decirle que no era nada. Pero si iba a casarse con este hombre, no quería comenzar su relación sobre una base de mentiras.

—Estoy luchando entre lo que quiero hacer y lo que creo que debería estar haciendo.

—¿Qué quieres decir...?

—Me siento decididamente poco dama. Quiero tocarte, pero no estoy segura si debería.

A modo de respuesta, él tomó su mano y la colocó directamente en el centro de su pecho. El calor que emanaba de su piel casi le quemó la mano.

—Planeo tocarte *en todas partes*, y espero que tú me correspondas.

Casi por voluntad propia, sus ojos bajaron hacia su miembro antes de volver a encontrarse con los de él.

Él respondió a la pregunta que ella no podía formular.

—Sí.

Jamás en un millón de años se habría creído lo suficientemente valiente para esto. Pero no estaba con cualquier hombre. Estaba con Thornton, y en su presencia, sentía que no podía equivocarse. Además, era evidente que él quería que lo tocara, pero nunca la forzaría.

Comenzó despacio, extendiendo sus manos sobre los duros músculos de su pecho, luego sobre su abdomen. Vaciló, y él debió pensar que no iría más allá, pues tomó su boca en otro beso abrasador y la atrajo hacia sí para que sus cuerpos se alinearan. Ella jadeó al sentir la piel de él ardiendo contra la suya. Besar a este hombre era placentero cuando estaban completamente vestidos, pero cuando ambos estaban desnudos, el placer era indescriptible.

Él le acarició uno de los senos nuevamente, y en un acto de valentía, ella bajó la mano para agarrar su virilidad. El siseo que él emitió hizo que lo soltara de inmediato.

—Lo siento...

Como respuesta, él le tomó la mano de nuevo y la llevó de vuelta para que lo rodeara.

—Me sorprendiste, Celia, no me dolió. Es más doloroso si *no* me tocas.

CAPÍTULO ONCE

ELLA IBA A SER SU MUERTE. No lo había esperado, así que cuando ella envolvió su pequeña mano alrededor de su miembro, el intenso placer lo tomó por sorpresa. Pero definitivamente no quería que se detuviera.

—No grites —dijo antes de tomarla en sus brazos y llevarla a la cama. La sensación de su suave piel contra la suya lo dejó mareado de deseo.

La colocó en la superficie de la cama con gran cuidado antes de acostarse a su lado. Luego procedió a tocar cada centímetro de esa piel que podía alcanzar, permitiendo que su boca explorara sus gloriosos pechos. Ella correspondió de igual manera, dejando atrás sus reservas.

Cuando ya no pudo esperar más, se alzó sobre sus brazos encima de ella. Debería haberla preparado con sus manos o con su boca, pero temía no tener el control para hacerlo sin derramarse sobre las sábanas. Y definitivamente quería estar dentro de ella esta noche.

La miró fijamente, disfrutando la manera en que su respiración salía en cortos jadeos mientras jugaba con el cabello en la nuca de él.

—Esta siguiente parte va a doler. Lo siento.

Ella le sonrió, sin ningún indicio de temor en sus ojos.

—Lo sé. Pero también tengo buenas referencias de que después será aún más placentero.

Él no quería saber quién le había compartido tal información. Si había sido una de sus hermanas... Su mente rehuyó completar ese pensamiento, y se volvió a enfocar en Celia.

El primer roce de su miembro contra sus húmedos pliegues hizo que ambos emitieran suaves sonidos de placer. Afortunadamente, ella estaba húmeda. Su rostro se arrugó de dolor cuando él se hundió en ella, y requirió toda su fuerza no moverse.

Estaba apretada, y tuvo que dominarse para no derramarse inmediatamente. No tenía idea de qué tenía esta mujer, pero lo afectaba como nadie más.

Debió haber pasado un minuto completo antes de que ella inclinara la cabeza hacia un lado.

—¿Eso es todo lo que hay?

Su carcajada los sorprendió a ambos.

—No, mi dulce Celia, hay más. Quería asegurarme de que ya no estuvieras con dolor.

Ella levantó una de sus piernas, acomodándola sobre la de él, y él dejó escapar un gemido al hundirse más profundamente en ella.

—Creo que estoy lista. Ya no duele.

Gracias al cielo por eso. Colocó una mano debajo de la rodilla de su pierna y la elevó más para que rodeara sus caderas. Ella hizo lo mismo con la otra pierna, acunándolo dentro de su cuerpo.

No pudo resistirse a besarla de nuevo mientras comenzaba a moverse. Al principio ella se

quedó quieta, pero en cuestión de momentos se movía con él. Un suave gemido escapó de sus labios, y él se echó hacia atrás para mirarla, preocupado de que aún estuviera con dolor. Pero la expresión en su rostro era la de una mujer que disfrutaba mucho lo que estaban haciendo.

Sabiendo cuán sensibles eran sus pechos, comenzó a amasar uno mientras continuaba embistiendo, haciendo todo lo posible por moverse con cuidado. Podría no estar con dolor, pero estaría sensible.

—Isaac —dijo ella en un bajo gemido.

El sonido de su nombre en sus labios envió una descarga de placer directo a su corazón. Muy pocas personas usaban su nombre de pila, ni siquiera su madre. Pero descubrió que le gustaba mucho.

No podría durar mucho más. Manteniendo su peso en un brazo, soltó su pecho con reluctancia y movió su mano entre ellos. Circundó esa área sensible sobre donde estaban unidos, haciendo todo lo posible para asegurarse de que ella alcanzara su liberación antes que él.

Después de solo unas pocas caricias, fue recompensado por su rápida inhalación, y luego todo su cuerpo se tensó. La sensación de ella apretándose aún más alrededor de su miembro hizo que perdiera el poco control que le quedaba, y se derramó dentro de su cuerpo.

Se quedaron así durante varios largos momentos. Cuando ella abrió los ojos, su mirada estaba llena de asombro.

—Nunca esperé... —Sacudió la cabeza, dejando escapar una pequeña risa—. Supongo que ahora tendrás que casarte conmigo.

Él rodó hacia un lado, llevándola consigo y acurrucándola a su lado.

—Sería mi placer y mi mayor honor.

Afortunadamente, eso sería pronto. Había estado tan absorto en el placer de ella y en el suyo propio que no se había retirado de ella como había planeado.

Quizás sería padre dentro de un año. El pensamiento debería haberlo llenado de horror, pero en su lugar una sonrisa se extendió por su rostro al imaginarse a Celia redonda con su hijo. Pero no podía arriesgarse a que eso sucediera antes de que se casaran.

—Haremos que se lean las amonestaciones de inmediato y nos casaremos en un mes.

Ella levantó la cabeza, su radiante sonrisa haciendo mucho para aliviar la culpa que sentía por no haber podido esperar.

—La primavera estaba demasiado lejos —dijo ella—. Nunca iba a durar tanto tiempo sin ti.

Él entrelazó su mano en su cabello y le devolvió la sonrisa.

—No podría estar más de acuerdo.

SE QUEDÓ en la cama de Celia mucho más tiempo del que había pretendido, y solo logró regresar a su habitación justo antes de que el sol comenzara a salir.

Tan pronto como se metió en su propia cama, su ayuda de cámara entró. Los ojos del hombre recorrieron la cama, que no estaba tan arrugada como de costumbre. Levantó una ceja pero no dijo una palabra mientras se dirigía al vestidor.

—Tenemos invitados, y se ha solicitado su presencia en la sala de estar.

Thornton frunció el ceño, preguntándose cuál de los invitados de su madre había regresado. Más le valía no ser Gravenhurst.

—¿Quién es? —Se levantó y se unió a su ayuda de cámara en la habitación contigua, observando cómo el hombre elegía cada prenda de ropa para el día.

—El lacayo no lo dijo. Aparentemente se supone que es una sorpresa.

Thornton sonrió. Eso debía significar que al menos una de sus hermanas había llegado, lo cual complacería enormemente a su madre. Después de todo, eso era todo lo que ella quería para Navidad: ver a su familia reunida al menos por unos días.

Cuando terminó de vestirse, agradeció a su ayuda de cámara y se dirigió a la sala de estar. El sonido de voces que resonaban por el pasillo le confirmó que su suposición había sido correcta. Mejor aún, cuando entró en la habitación vio que tanto Emily como Julia estaban allí, junto con sus maridos.

—¡Isaac! —Sus dos hermanas saltaron de sus asientos y se abalanzaron sobre él, abrazándolo por ambos lados.

Emily le dirigió un falso ceño fruncido cuando se apartó.

—Esperábamos sorprenderte, pero parece que nos has robado el protagonismo. ¡No puedo creer que tú y Celia vayan a casarse!

Él miró hacia donde Celia estaba sentada en el sofá, con una sonrisa serena en su rostro.

—Dentro de un mes. Hemos decidido que se lean las amonestaciones y luego celebrar la ceremonia la semana siguiente.

Julia miró a su marido.

—No habíamos planeado quedarnos tanto tiempo, pero quizás podamos cambiar nuestros planes.

La madre resplandecía desde su asiento junto a Celia en el sofá.

—Todavía tenemos algunos de vuestros vestidos aquí para vuestras visitas. Estoy segura de que nos las arreglaremos.

Emily se llevó una mano al vientre.

—Imagino que aún me quedarán, pero quizás haya que ensancharlos para finales de mes.

—Felicidades, Emily —dijo Thornton, depositando un beso en la mejilla de su hermana antes de volverse para felicitar a su cuñado.

La madre y Celia corrieron al lado de Emily mientras él saludaba a los dos hombres.

—Creo que habéis logrado eclipsar nuestro anuncio —dijo Thornton, dando una palmada en el hombro al marido de Emily.

—Tonterías. Me sorprende que no oyeras los gritos cuando tus hermanas se enteraron de tu compromiso. Fue casi ensordecedor.

Thornton se volvió para observar a las mujeres, que estaban reunidas, charlando animadamente.

No se dio cuenta de que se había quedado mirando hasta que Julia se acercó a su lado y le dio un codazo.

—Reconozco esa mirada. Estás enamorado.

Celia se unió a ellos y le sonrió.

Emily suspiró sonoramente.

—Estamos tan felices por vosotros dos. Celia ha estado enamorada de ti desde que tengo memoria.

El color subió a su rostro, y Thornton le sonrió con cariño.

—Bueno, en aquel entonces ella era demasiado joven para que yo la viera de esa manera. Pero créeme, me fijé en ella de inmediato cuando nos volvimos a encontrar.

—Debéis contarnos todos los detalles —dijo Emily. Sus hermanas tomaron cada una un brazo de él—. Pero primero, el desayuno. Me muero de hambre.

Celia se encogió ligeramente de hombros, y él no pudo evitar preguntarse si, en efecto, les

contaría todo a sus hermanas. Trató de no pensar en qué más compartiría con ellas mientras guiaba a sus hermanas y al pequeño grupo al comedor.

CAPÍTULO DOCE

Mañana de Navidad

CELIA DESPERTÓ con una sonrisa en el rostro.

Todos se habían quedado despiertos hasta altas horas de la madrugada para recibir la Navidad. Habían trasladado el pianoforte al salón y habían cantado villancicos durante gran parte de la velada, jugado al whist y charlado. Finalmente, Emily anunció que estaba exhausta. Declarando que no quería ver a nadie hasta bien entrada la mañana como mínimo, se retiró con su marido. Tras su partida, todos se fueron dirigiendo a sus propias habitaciones.

Celia no esperaba que Thornton se uniera a ella; no se arriesgaría una segunda vez. Aun así, incapaz de conciliar el sueño, se había quedado despierta durante un tiempo.

Era una tontería, pero lo echaba de menos. Ahora que tenían un futuro juntos, no podía esperar a que comenzara.

Llamó a una doncella, que la ayudó a vestirse y a recogerse el cabello. Se dirigía a la planta baja para unirse a los demás para el desayuno cuando se le ocurrió que este sería su futuro hogar.

Se quedó en el umbral durante varios momentos, observando la escena ante ella. Thornton y su familia estaban sentados alrededor de la mesa del desayuno, hablando y riendo. Él estaba bromeando con Emily, proponiendo los nombres más ridículos para su bebé, y con cada sugerencia, tanto ella como Julia reían aún más fuerte. Sus dos amigas siempre habían significado el mundo para ella, y la alegría se desplegó en su pecho al saber que pronto serían sus hermanas.

Lady Thornton la vio primero y le dio la bienvenida.

Todos los ojos de la sala se volvieron hacia ella, saludándola. Había sido objeto de un escrutinio similar cuando los invitados de Lady Thornton aún estaban en la residencia, pero no sentía ninguna incomodidad con estas personas que pronto serían su familia.

Su mirada se posó en Thornton, y no le importó que su sonrisa solo pudiera calificarse de embelesada.

Se dio cuenta de cómo Emily y Julia también le sonreían, al igual que la vizcondesa viuda. Cuando Thornton se levantó y se acercó a ella, se percató de que estaban esperando ver su reacción.

Thornton se detuvo frente a ella, y ella lo miró con curiosidad. —¿Qué está pasando?

Él señaló hacia arriba, y fue entonces cuando vio el muérdago colgando en el umbral. Thornton arrancó una baya blanca de la pequeña rama antes de inclinarse para darle un rápido beso en la comisura de los labios. Cuando se apartó, su mirada era intensa. —Acompáñame un momento.

Haciendo un esfuerzo por no mirar a nadie más en la habitación, asintió y tomó su brazo. Él los condujo al salón.

Se colocó frente a ella, mirándola. No pudo evitar notar lo apuesto que era, como hacía cada vez que lo veía. No creía que fuera posible que pareciera de otra manera.

—Ese muérdago no estaba ahí antes —dijo, pensando en las miradas cómplices de las hermanas de Thornton y sintiendo un poco de vergüenza.

—No. Mi madre nunca ha sido de las que ponen a una mujer en una posición que atraiga atención no deseada.

Se estremeció, imaginando a Lord Gravenhurst aprovechando tal oportunidad. —¿Pero ha cambiado de opinión ahora que los invitados se han ido?

Una de las comisuras de su boca se elevó en una sonrisa conocedora. —Puede que yo mismo lo haya arreglado.

Ella solo pudo negar con la cabeza con incredulidad. —Debería reprocharte por avergonzarme así, pero en realidad no me importó. —Dudó un momento antes de añadir—: Te eché de menos anoche.

Sus ojos azules se oscurecieron. —Y yo a ti. Pero ya hemos corrido un riesgo. No quiero que te quedes encinta antes de la boda.

Suspiró con decepción, pero sabía que tenía razón.

Él tomó una de sus manos entre las suyas. —No tenía nada que darte por Navidad.

Colocó su otra mano contra su mejilla, y ella se acurrucó en su palma.

—Ni yo a ti. Esperaba pasar el día de Navidad en casa.

Él negó con la cabeza. —Ya me has dado tanto. Considerando cómo comenzó nuestro compromiso, y tu creencia de que yo deseaba deshacerme de ti...

—Yo... —Empezó a interrumpir, pero él movió su mano y colocó sus dedos sobre sus labios. No los retiró hasta que ella asintió para indicar que le permitiría terminar.

Metió la mano en el bolsillo de su chaqueta para sacar algo. —No tenía nada que darte cuando llegué. Nunca imaginé que encontraría mi futuro acurrucado bajo mis sábanas aquella primera noche. Así que hablé con mi madre, y juntos decidimos que solo había una cosa que hacer.

Ella ladeó la cabeza con curiosidad, pero no tenía idea de a qué se refería.

Él extendió su mano. En su palma descansaba un delicado anillo de oro con una perla bastante grande montada en él.

Ella jadeó. No era costumbre que un hombre le diera a su prometida un anillo de compromiso, pero tenía que admitir que su gesto tocaba a la romántica que llevaba dentro.

—Este anillo perteneció a mi abuela. Mi padre se lo dio a mi madre cuando se comprometieron, y ahora te lo paso a ti con la bendición de mi madre.

Abrió la boca y luego la cerró de nuevo, demasiado sobrecogida por la emoción para hablar.

Él sonrió y levantó su mano izquierda. —Puede que necesitemos ajustar el tamaño. —Con cuidado, deslizó el anillo en su dedo y, para sorpresa de ambos, encajó como si hubiera sido hecho para ella.

Lo miró durante varios momentos, embargada por el amor hacia este hombre. Cuando volvió a encontrarse con su mirada, pudo ver un ligero ceño fruncido donde antes había estado feliz.

—Por supuesto, puedo comprar algo más ornamentado. Sé que es un engaste sencillo...

Esta vez, fue ella quien colocó sus dedos sobre sus labios para impedir que continuara. —No permitiré que digas nada negativo sobre mi anillo. Es perfecto... y tú también lo eres. Te amo, Isaac.

Su preocupación desapareció, reemplazada por una expresión de adoración que ella pensó que nunca se cansaría de ver.

—Yo también te amo, Celia. Feliz Navidad.

La besó entonces, y ella le correspondió sin dudarlo. No le importaba quién los sorprendiera. Amaba a este hombre y quería que toda Inglaterra lo supiera.

EPÍLOGO

Noviembre de 1817

CELIA SE DIRIGIÓ AL SALÓN, complacida con la excusa para escapar de las atenciones de Lady Thornton, aunque fuera solo por un momento. La fiesta anual de Navidad de su suegra estaba a solo un mes de distancia, y había querido que Celia sintiera que su opinión era valorada en cada detalle de la próxima reunión en la casa.

Cada mínimo detalle.

Honestamente, era un evento anual. ¿Cuántas decisiones había que tomar? Había querido decirle a la vizcondesa viuda que hiciera lo mismo que hacía todos los años, pero la mirada de emoción en el rostro de la mujer la había detenido.

Pero ahora su prima Lily estaba aquí de visita y Celia había aprovechado la excusa para tomarse un momento lejos de la pequeña pila de menús que el ama de llaves le había pedido que aprobara.

Celia sonrió mientras entraba en la habitación. Lily parecía estar sumida en sus pensamientos, así que se dejó caer en el sofá junto a su prima.

—Me alegro tanto de que estés aquí. Si tuviera que mirar otro menú, iba a gritar.

Lily dejó escapar un suspiro y la inquietud se apoderó de Celia.

—¿Ha pasado algo?

Lily se mordió el labio.

—Necesitaba hablar contigo.

Celia tomó la mano de su prima.

—Por supuesto. Puedes contarme lo que sea.

—Es sobre Lord Seaford. Creo que va a proponerme matrimonio.

Celia frunció el ceño, preguntándose por la evidente preocupación de Lily.

—¿Sería tan malo? Ha estado cortejándote durante varios meses. Pensé que te gustaba.

Lily se recostó en el sofá y cerró los ojos.

—Yo también lo pensaba.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Lily la miró a los ojos.

—Tú lo eres.

Celia negó con la cabeza, confundida por las palabras de su prima.

—¿Yo? No he dicho nada sobre Lord Seaford. Apenas lo conozco. Parecía bastante agradable cuando Isaac nos presentó la primavera pasada. Muy respetable.

—Ese es el problema. No quiero a alguien respetable.

Su prima no tenía sentido.

—Vas a tener que explicarme esto. Seguramente no estás diciendo que quieres casarte con alguien de mala reputación, ¿verdad?

Lily exhaló un largo suspiro.

—No, por supuesto que no. Pero quiero a un hombre que me mire de la manera en que tu marido te mira a ti. Un hombre que me ame.

Una punzada de consternación la atravesó ante la evidente angustia de Lily.

—Eso puede llegar con el tiempo. A Isaac y a mí nos llevó un tiempo darnos cuenta de nuestros sentimientos el uno por el otro.

Lily se rio.

—Has tenido un *tendre* por Thornton desde que tengo memoria.

El calor subió a sus mejillas.

—No voy a negar que eso es cierto. Pero también sé que sientes lo mismo por Lord Seaford. O al menos eso pensaba.

—Es tan educado, casi distante conmigo. Tan serio y cuidadoso. Quiero a alguien que me haga perder la cabeza.

—Bueno, puedo decirte que el escándalo está muy sobrevalorado. Yo estaba muy consternada cuando Thornton se vio obligado a declarar que nos íbamos a casar.

—Pero al final todo salió bien.

—Sí, pero ¿y si no hubiera sido así? Creo que Lord Seaford está haciendo las cosas de la manera correcta, dándoles a ambos la oportunidad de conocerse.

Lily se inclinó hacia adelante.

—No puedo negar que es muy apuesto.

Celia bajó la voz.

—No se lo repitas a mi marido, pero yo también lo creo. Y... —Dudó, sin saber si debía continuar.

—¿Y qué?

—Isaac se consternó cuando se enteró de que el Conde de Seaford te estaba cortejando. Al parecer, tiene fama de ser un libertino.

Lily se hundió de nuevo en los cojines del sofá.

—Eso lo hace aún peor. Tal vez ya superó cualquier desenfreno juvenil que tuviera y ahora que está listo para sentar cabeza, se ha vuelto aburrido. Siempre ha sido muy circunspecto conmigo.

—¿Te ha besado?

Lily soltó un resoplido.

—Me ha besado la mano. ¿Eso cuenta?

Vaya por Dios. Tal vez su marido se había equivocado sobre la reputación de Seaford.

—No puedo decirte qué hacer. ¿Le has demostrado que quieres que te bese?

Lily negó con la cabeza, sus rizos rubios rebotando en alegre contrapunto a su sombrío estado de ánimo.

—¿Cómo haría eso? He sonreído, reído, me he acercado un poco a él. Nada.

Ahora le tocaba a Celia suspirar. —¿Cuánto tiempo lleva cortejándote?

—¡Seis meses!

Celia hizo una mueca. —¿Qué te dice tu corazón?

Las comisuras de la boca de Lily se curvaron hacia abajo. —Me agrada mucho. Y hasta que vi cómo se comporta Thornton contigo, pensé que podríamos hacer una buena pareja. Pero he

descubierto que soy egoísta. Quiero que me mire de la misma manera en que tu esposo te mira a ti, y temo que eso nunca sucederá.

Celia abrazó rápidamente a su prima. —El único consejo que puedo darte es que escuches a tu corazón.

—¿Y si mi corazón y mi cabeza no se ponen de acuerdo?

Celia deseaba poder aliviar el desconsuelo de su prima. —Me temo que solo tú puedes responder a esa pregunta.

GRACIAS

Para ver una lista de los libros de Suzanna, visite su sitio web:

https://www.suzannamedeiros.com/

ESCÁNDALOS NAVIDEÑOS

Un Vizconde para Navidad

Un Salteador de Caminos para Navidad

Un Canalla para Navidad

Un Compromiso para Navidad

ENCANTAR UN LORD

Bailando con el duque

Amando al Marqués

Seduciendo al Conde

Encantando al Conde

Mi Enemigo el Duque

Descubriendo al Marqués

El Vizconde Reacio

Reencuentro con el Barón

Cortejando al Conde

Tentando al Vizconde

LA AUTORA

Suzanna Medeiros, autora de bestsellers del USA Today, nació y creció en Toronto, Canadá. Su amor por la palabra escrita la llevó a obtener una licenciatura en Literatura Inglesa en la Universidad de Toronto. Luego obtuvo una licenciatura en Educación antes de decidir dedicarse a su primer amor: la escritura.

Suzanna está casada con su propio héroe y sobrevivió a la crianza de gemelos. Cuando no está escribiendo, le encanta leer, ver ciencia ficción y jugar videojuegos.

Le gustaría agradecer a sus padres por mostrarle que el amor a primera vista y el felices para siempre realmente existen.